

Colección

**Las juventudes argentinas hoy:
tendencias, perspectivas, debates**

La salida es por arriba



Una historia de juventud,
pobreza y educación

Eduardo Langer
José Esses



Grupo Editor Universitario



CLACSO

EDUARDO LANGER Y JOSÉ ESSES

La salida es por arriba

Una historia de juventud,
pobreza y educación



 Grupo Editor Universitario

Langer, Eduardo

La salida es por arriba : una historia de juventud, pobreza y educación / Eduardo Langer ; José Esses. - 1 a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Grupo Editor Universitario, 2019.

92 p. ; 22 x 15 cm

ISBN 978-987-8308-06-7

1. Pobreza. 2. Educación. 3. Juventud. I. Esses, José. I. Título
CDD 305.235

1ª edición: abril 2019

Diseño, composición, armado: Silvia Ojeda

Diseño de tapa: GEU

© 2019 by Grupo Editor Universitario
San Blas 5421, C1407FUQ - C.A.B.A.

ISBN: 978-987-8308-06-7

Queda hecho el depósito de ley 11.723

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el consentimiento previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Índice

Introducción	7
Capítulo 1	
En la infancia le hubiese gustado ser chico	17
Capítulo 2	
Su barrio y el de los otros	27
Capítulo 3	
El largo camino a la escuela	37
Capítulo 4	
Esos profesores que fueron como padres	49
Capítulo 5	
La salida de la escuela y las frustraciones de no conseguir trabajo	59
Capítulo 6	
Estrellarse en soledad con la universidad	69
Para cerrar	
Una historia que merece ser contada	77
Notas	85
Referencias bibliográficas	87

Introducción

El mundo que narraremos a continuación será descrito desde los ojos y desde el relato de Enzo. Su vida, su historia familiar, su infancia, su juventud, sus amigos, los barrios por los que transitó, la escuela, los profesores, las posibilidades o no de trabajar y la llegada a la universidad es relatada por y desde Enzo. Escribimos una historia que él describió, contribuyendo aquí en esa construcción a través de un género poco académico denominado ensayo sociológico.

Este ensayo trata de profundizar las discusiones que en el campo de la sociología de la educación se vienen elaborando al respecto de la trama juventud, pobreza y educación a través de una narración simple y sencilla de una historia de vida, no formateada por los estándares científicos. En los distintos capítulos del libro, se encontrarán con un estilo que expresa sus propias formas de decir y pensar el mundo y la vida. A diferencia de esta introducción (un poco más académica), allí el estilo será un híbrido entre lo literario y lo creativo conjugado con algunas ideas e hipótesis propias del campo disciplinar. En este ensayo, hay referencias de nombres, lugares, momentos y experiencias que no son del todo exactas para cuidar y respetar con quien trabajamos.

Desde la historia de un joven nos acercamos al estudio de los jóvenes en condición de pobreza estructural y sus relaciones con la educación. Se piensa y describe esa vida como la de cualquier otro sujeto de la misma generación en la misma condición que busca y demanda educación. A través de ella es posible leer las múltiples experiencias en esta sociedad. Mediante la biografía de Enzo, describimos las distintas historias semejantes, familiares, de vivencias en la escuela de los jóvenes, de los sucesivos trabajos que encuentran y sufren o que directamente no encuentran, de apuestas por la universidad o los estudios terciarios. Indagamos sobre esa vida en términos de potencialidades, posibilidades

y afirmaciones del sujeto en la trama de los estudios de juventud, pobreza y educación.

Enzo no es un objeto de estudio, no lo pensamos de esa forma. Enzo es un sujeto que es parte de la construcción cooperativa del conocimiento (Vasilachis de Gialdino, 2007) que aquí proponemos. Tuvo y tiene una actitud activa en la producción del conocimiento. Es él construyendo en una interacción con nosotros en una situación de total igualdad que sostenemos a lo largo de la relación con él. Es él que construye y significa su mundo. Somos nosotros que lo sistematizamos y escribimos con su consentimiento, con su lectura y con sus correcciones. La relación con Enzo fue, es y será, para nosotros, lo prioritario, central y, siempre, lo más importante. Claro que esa relación fue cambiando desde el primer momento hasta la actualidad. También, la historia de Enzo fue tomando virajes a lo largo de los años. Sin duda, a medida que ha pasado el tiempo aumentaron las oportunidades de participar en esa realidad social (Jelin, Llovet y Ramos, 1986) del joven. Así, detectamos tres etapas en este proceso.

En primer lugar, a través de los contactos iniciales en su escuela secundaria, hacia el 2011. Lo conocimos en el taller audiovisual que se desarrolla en una escuela secundaria de José León Suárez por parte del equipo del CEDESI [1] de la Universidad Nacional de San Martín. Uno de nosotros, Eduardo, fue tallerista allí durante varios años. Además, estaba en proceso de investigación doctoral [2]. Por tanto, en esos primeros momentos, el objetivo fue lograr empatía y confianza para entender los sentidos que otorgaba a ciertos procesos de resistencia en la cotidianidad de la vida escolar (Langer, 2017). Esa meta supuso un proceso de trabajo de largo plazo, paciencia y de conocimiento. No sólo con Enzo, también con otros jóvenes más. Para construir esas relaciones de confianza y procurar comprender empáticamente a través de la solidaridad con las situaciones que vivían él y otros estudiantes se establecieron “diálogos” que fueron, en ocasiones, más importantes que los registros formales de obtención de información. Tal como dice Scott (2000), “el efecto de la presencia de un maestro o maestra ante un grupo de estudiantes apenas se puede comenzar a medir cuando aquél o aquella sale del salón de clase o cuando los estudiantes salen al recreo” (p. 50). Para este autor, los actos seguirán resultando opacos hasta que se pueda “hablar confidencialmente, tras bambalinas, con aquéllos cuyos motivos deseamos entender” (p. 50).

Por aquellos años, los registros de entrevistas individuales con Enzo, así como las entrevistas flash (una técnica menos formateada que pretendía sistematizar las maneras de sentir, hablar y pensar de los sujetos) y las entrevistas grupales de las que participó se plantearon siempre como espacios de “libertad de expresión, lejos del alcance de los poderosos” (Scott, 2000: 50). Sin embargo, buscar esos discursos ocultos que otorgan sentido a las prácticas en contextos de pobreza urbana implicó una técnica que no estuviera formateada o guiada, tal como se estableció con las guías de entrevistas, por una comunicación que respete el lenguaje, los códigos, los saludos, las formas que tanto Enzo como el resto de los estudiantes tenían.

Así, hubo un segundo momento con Enzo, uno o dos años después de haberlo conocido. Allí, empezamos a dialogar con él. Comenzamos a conocer sus costumbres como, por ejemplo aprender que un “*dar la mano sin darla y luego golpear los puños*” era signo de confianza, que el beso en el saludo era casi exclusivo para un familiar o los íntimos, que las muestras de cariño y entendimiento no son habituales, que no demuestra afecto si uno no lo demuestra primero, entre otros. Dialogar fue la base para construir confianza y, en todo caso, una relación más allá de la escuela, tal como a continuación ejemplificamos con unas notas de campo de 2012:

En una salida con chicos de quinto y sexto año de la escuela fuimos a la UNSAM porque iban a presentar sus cortos documentales en un festival de cine que allí se desarrollaba. Luego de la actividad, sirvieron una pequeña vianda. Una vez que terminamos, quedaba un tiempo libre hasta que vuelva el micro a buscar a los estudiantes. Era un día de calor y de sol. Los estudiantes se sentaron en la parte del pasto de la universidad. Allí se inició un diálogo con Enzo.

Enzo: ¿Cómo fue su primer día de clases en la universidad?». [Hace esa pregunta porque él en otra ocasión, en una hora de clase en la que estábamos en la sala de informática ya me había preguntado si yo había estudiado, qué, dónde y qué significaba lo que yo había estudiado].

Yo: (...).

Enzo: “¿Fue como el primer día en la secundaria? ¿Algo nuevo o desconocido ?

Yo: (...).

Enzo: No me imagino estudiando, pero sé que está cerca. Me pone un poco nervioso todo eso. Toda esa novedad y todo lo nuevo”.

Yo: “¿Qué tal te viene venir desde tu casa a esta universidad?”.

Enzo: “Bien, el tren me deja a algunas cuadras. Son cuadras medio peligrosas, pero todo bien. Es rápido. ¿Usted estuvo con chicas en la universidad mientras estudiaba?”.

Yo: “No recuerdo, pero seguro que estuve con alguna chica”. ¿Por?

Enzo: “Yo también quiero estar con chicas”.

(Registro de observación, salida de estudiantes de quinto año, 26 de septiembre de 2012).

Al ser un diálogo, por supuesto, no mediado por ningún artefacto de grabación y por estar tan pendiente por recordar aquello que Enzo decía, contaba y preguntaba, la memoria jugó una mala pasada y no se pudo reconstruir nunca algunas de las respuestas que desde nuestro lado se fueron dando. Por tanto, el registro es fragmentado, priorizando las respuestas de Enzo. Más allá de este comentario, este registro inicial muestra aquello que fue decisivo para contar esta historia: la construcción de una relación de confianza que va más allá de una investigación. Este diálogo permitió conocer algo de su historia familiar, algo de sus ideas del futuro, sus miedos, sus intereses. Significó un espacio informal para hablar, no para preguntar y responder. No había entrevistado ni entrevistador sino dos personas hablando.

Además de ganar confianza con Enzo, esos diálogos sostenidos permitieron que nos buscara por situaciones que vivía dentro o fuera de la escuela. Así, en 2012, en momentos del desarrollo de aquella primera investigación, nos hemos comunicado con la madre de Enzo para tratar de ayudar a resolver una situación inédita. Por única vez en toda su vida como estudiante, por una pelea, estuvo cerca de la expulsión, tal como se va a relatar en uno de los capítulos del libro. Ése sería todo un acontecimiento en su devenir en las aulas, el riesgo de perder un año de cursada por una calentura. La intervención con él, con la madre y con la dirección de la escuela sirvió para que eso no suceda. El diálogo continuó profundizándose como, también, la relación de confianza con Enzo hasta la actualidad.

Un tercer momento en esta relación lo constituye el egreso de Enzo de la secundaria y el ingreso a la universidad. Específicamente, ingresa a la Tecnicatura de Administración y Gestión Ferroviaria de la Universidad

Nacional de San Martín. Allí, busca como referente para hablar y como ayuda, entre otros, al investigador que ya no cumple más ese papel y excede todos los límites que tiene una investigación. Esa relación se afianza no sólo más allá de la escuela, sino también más allá de la investigación. En esas búsquedas, hubo ayudas para transitar el primer año de la universidad, consejos sobre cómo estudiar, de qué formas, qué hacer ante determinadas situaciones con sus compañeros o con sus docentes, acompañamiento para inscribirse a las materias y becas de ayuda económica, también para que lo vuelvan a aceptar en esas becas, etc. O, simplemente, tomar un café en el bar de la universidad y charlar sobre la vida.

Estos tres distintos momentos expresan, desde nuestro punto de vista, que para poder describir las historias de vida de los jóvenes en contextos de pobreza urbana y sus vinculaciones con la educación ello presupone, siguiendo a Ferrarotti (2007), la construcción de una relación de confianza entre sujetos de largo plazo y es por ello que hay una búsqueda típicamente abierta que “induce al analista a practicar esa virtud de la humildad que ya Bacon consideraba esencial para cualquier científico. () La recopilación de la historia de vida implica, para el investigador, algunas renunciaciones y la aceptación de algún principio ético más bien importante. Es necesario renunciar a la cultura entendida como capital privado e instrumento antagónico de confrontación y de poder” (Ferrarotti, 2007: 27).

La construcción de confianza con Enzo implicó saber escuchar e instaurar una relación significativa, una auténtica interacción, “derribar el muro defensivo tradicionalmente colocado” (Ferrarotti, 2007: 17). Así, el tiempo no fue el de las investigaciones, sino el de la relación con él. No hubo un plan ni un cronograma de actividades. De hecho, este libro nunca fue el objetivo, como en una investigación. No es un producto luego de “un trabajo de campo”. Fue, más bien, consecuencia de muchos años compartidos. De querer relatar algunas de esas experiencias. De estar convencido que esta historia merece ser contada y que es una gran contribución a los debates en el campo de la sociología de la educación.

En este libro emergen desde abajo y en contacto directo con Enzo como sujeto “las áreas problemáticas y los eventuales conceptos operativos” (Ferrarotti, 2007: 25) de aquello que aquí pensamos como problema en esa relación entre juventud, pobreza y educación. La analítica de toda el conocimiento que produce Enzo y que tiene como consecuencia los seis capítulos que vienen, es producto, justamente, de esos núcleos que él mismo fue elaborando a lo largo de sus distintos y variados rela-

tos. Esa historia es un texto y de ese texto emergen áreas problemáticas. Se presenta con constricciones que pesan sobre el joven así como con un complejo de estrategias que el sujeto pone en juego aprovechando los *atisbos intersticiales* (Ferraroti, 2007: 28). A través de esas áreas problemáticas de esa vida comenzamos a construir los temas emergentes en los capítulos de este libro.

Haberlo conocido en 2011 a Enzo y aún continuar con la relación hasta este momento, en la escritura del libro, permite establecer cada vez mayor caudal de conocimiento –no ya información– respecto de su realidad social. En tanto más conocimiento se genera, hay una mayor sensibilización nuestra para registrar acontecimientos que de otro modo no se podría. Ello porque habitamos la historia de Enzo. Somos parte, la poblamos. Esta historia, también es la nuestra. ¿Cuál es nuestra historia en la relación con Enzo? Realmente aquí no queremos ni siquiera decir que es la historia entre un investigador y un investigado. Porque no lo sentimos así. Él no es “nuestro sujeto investigado”. Es una persona con la que compartimos diferentes situaciones, momentos, experiencias. Él nos brinda a lo largo de todos estos años la posibilidad y la oportunidad, en primer lugar, de pensar el mundo y la vida de otra manera y, en segundo lugar, también, la teoría socioeducativa. Es decir, de teorizar sobre la vida de los jóvenes en los barrios más vulnerables del conurbano de Buenos Aires. Por supuesto, también la posibilidad de conocer a una persona por conocerla. Nosotros estamos disponibles hacia él ante situaciones y necesidades que se le van presentando a lo largo de los años, tales como la universidad o el trabajo, o simplemente como una persona para poder charlar. Somos personas entablando una relación. Lo sentimos un amigo.

¿Qué y cómo hacemos en relación a la historia de Enzo? En primer lugar, prestamos atención de todo aquello que dijo durante años. Tanto en encuentros informales, en aquellos más pautados de entrevista, en intercambios breves en persona como virtuales (como mensajes de whatsapp). Todo es importante. Ello va formando una estructura en relación a su historia familiar, a la escuela donde transitó, cómo vivió los trabajos que realizó, como sintió su llegada a la universidad. A medida que transcurre el tiempo vamos descubriendo mundos de significados desde los que él mira, construye y entiende la vida. No es un proceso de registro de información acumulativo y unidireccional (Jelin, Llovet y Ramos, 1986). Sino un descubrimiento de los sentidos con los que piensa y hace en el mundo.

Esta historia, como venimos diciendo, es una contribución a la memoria histórica del contexto. Ninguna historia individual es sólo un caso sino que cada persona es una instancia única de experiencias sociales y procesos sociales universales (Denzin y Lincoln, 2013). En el fondo es una síntesis, un signo cultural estenográfico (Ferrarotti, 2007). Describir estas particularidades de la vida de Enzo nos permite estudiar lo general y pensar los rasgos de lo universal.

Nos detenemos brevemente aquí para hacer algunas pocas consideraciones y críticas a falsas antinomias del pensamiento social para enmarcar nuestra descripción y para leer esta historia en el seno de las múltiples historia del lazo social.

Tal como dice Foucault (2006), a partir del análisis local y microscópico es muy posible alcanzar los problemas generales que son los del Estado porque su historia “debe poder hacerse sobre la base de la práctica misma de los hombres, lo que hacen y la manera cómo piensan. () entre el nivel del micropoder y el nivel del macropoder, no hay nada parecido a un corte, y que cuando se habla de uno no se excluye hablar del otro. En realidad, un análisis en términos de micropoderes coincide sin dificultad alguna con el análisis de problemas como los del gobierno y el Estado” (Foucault, 2006: 409).

Se trata de avanzar sobre un fallo fundamental de la teoría sociológica que no relaciona de forma convincente las interacciones a un nivel micro con los modelos de nivel macro (Granovetter, 1973). Así, hay que tratar de describir procesos interpersonales que nos proporcionen un puente micro-macro fructíferos. En este sentido, un antecedente relevante desde la sociología de la educación lo constituye Bernstein quien “procura construir una teoría de la producción cultural que pueda ser capaz de trasladar, dentro de una misma teoría, lo micro a lo macro y lo macro a lo micro con los mismos conceptos” (Grinberg, 2002: 5). Se tratar de encontrar las múltiples vinculaciones de las relaciones sociales en las instituciones escolares y ver cómo son tamizadas y conformadas de manera particular en el contexto pedagógico. Lo micro y lo macro como niveles de análisis y producción inseparables son una cuestión central para el desarrollo de la teoría sociológica y, específicamente, de los sentidos que los jóvenes en situación de vulnerabilidad van construyendo. Ello permite no sólo desmontar la falsa antinomia individuo-sociedad sino, también, las teorías basadas en fenómenos macrosociales. De esta manera, se introducen nuevas posibilidades en las fuentes microsociales.

Caracterizar la vida de un joven a través de su historia familiar, sus sentidos sobre la escuela, sobre el trabajo y sobre la universidad enfatiza la significación de la cultura en la vida social, ya que se aborda la cultura como un conjunto de nociones compartidas y “los actores actúan dentro de marcos de comprensión construidos por interacciones anteriores. () La cultura se entrelaza incesantemente con las relaciones sociales; cultura y estructura son simplemente dos abstracciones convenientes de la misma corriente de transacciones” (Tilly, 1998: 33). Por ello, según este autor, los analistas relacionales conciben la cultura como un conjunto de nociones compartidas que se entrelazan apretadamente con las relaciones sociales y les sirven de herramienta y coacciones, en vez de constituir una esfera autónoma.

Para abordar de una forma compleja y comprometida la vida de Enzo, dar sentido o interpretar los fenómenos en los términos del significado que ese joven le otorga, nos interesamos por las formas en las que el mundo social es interpretado, comprendido, experimentado y producido, nos sensibilizamos por el contexto social en el que se produce y en las dinámicas de esa vida (Vasilachis de Gialdino, 2007). Es imprescindible la inmersión en la vida cotidiana de la situación para el estudio, la valoración y el intento por descubrir la perspectiva del actor sobre sus propios mundos y la consideración de la investigación como un proceso interactivo en el que privilegiamos, siempre, las palabras de la persona y su comportamiento.

Este libro se estructura no para analizar o discutir un nivel, instancia, dimensión microindividual o bien un nivel, instancia, dimensión macro. No hay preocupación posible si no es en su integración y justificación conjunta. La indagación de los mecanismos microsociales conecta la acción individual y colectiva con los sistemas de relaciones sociales (Jelin, Llovet y Ramos, 1986). Sin la posibilidad de establecer enlaces entre los niveles macro y micro, como dice Bonal (1998), “seremos incapaces de captar la complejidad de la configuración de la experiencia individual y grupal, y, por consiguiente, nos será difícil interpretar los cambios” (p. 197). Se pretende debatir aquello que sucede y se produce en la vida cotidiana de los jóvenes en contextos de pobreza urbana y sus sentidos sobre la educación como un modo de comprender algunas de las particularidades que presenta la educación del siglo XXI. De lo que se trata es de estudiar las relaciones sociales a través de las decisiones, los comportamientos, las acciones, las prácticas de un sujeto. Esas relacio-

nes sociales se expresan en las conductas, individual y colectiva (Jelin, Llovet y Ramos, 1986) y son estructuras de opciones que se les presentan a los individuos que ocupan lugares particulares del espacio social.

Entonces, tampoco la antinomia estructura y acción tiene sentido. Teniendo en cuenta que los sujetos no están inherentemente integrados dentro de los grupos sociales, estructura y acción no funcionan como antinomias en la construcción de lo social. Las prácticas de los jóvenes en contextos de pobreza urbana se producen en este nivel de complejidad, es decir, en situaciones que que los sujetos, en algún punto, quedan librados a su suerte tratando de hacer, accionar y sobrevivir. Sin embargo, estas prácticas, no son productos ni pueden ser leídas individualmente. De hecho, siempre implican a otros en torno a las relaciones. Sus prácticas siempre dan cuenta de una interacción, significan relaciones sociales, tal como vamos a describir a lo largo de todo el libro la vida de Enzo. Como ya dijimos, para Iniesta y Feixa (2006), “el individuo no es nunca un individuo solitario, en el fondo es una síntesis, un signo cultural estenográfico” (p. 9). Para Przeworski y Teune (1970), la gente en su vida diaria expresa las condiciones sociales de su existencia y, también, hay “mecanismos por medio del cual las relaciones sociales se expresan en la conducta individual y colectiva” (p. 61). Siguiendo a Deleuze y Guattari (1988):

“La diferencia no se establece entre lo social y lo individual (o interindividual) sino entre el dominio molar de las representaciones, ya sean colectivas o individuales y el dominio molecular de las creencias y de los deseos, en el que la distinción entre lo social y lo individual carece de sentido, puesto que los flujos ya no son ni atribuibles a individuos ni sobredecodificables por significantes colectivos” (Deleuze y Guattari, 1988: 223).

De manera que la acción individual, al realizarse en un escenario que siempre es social, pierde su individualidad y, por lo tanto, se vuelve social (Dalton, 2004). En este mismo sentido, las personas son indisolublemente “actores” que llevan a cabo acciones, e intérpretes que “elaboran significaciones sociales intercambiando entre sí signos, que son la forma que reviste la acción cuando se aborda dentro de los flujos de relaciones a las que se trata de dar un sentido” (Boltanski y Chiapello, 2002: 222). También, hay que considerar que en la vida de las personas, tal como lo vamos a ver en la de Enzo, hay deseos contradictorios y sus acciones se

comprenden en esas tensiones. Tampoco podemos separar al individuo de la sociedad, o lo individual de lo social, tal como lo dice Arfuch (2002):

“Una consideración dialéctica no antinómica entre individuo y sociedad –imposible de reducir a un término primero u original. () Así se desploman las viejas antinomias del yo y del otro, del individuo y la sociedad. Dualidad que es ilegítimo y erróneo reducir a un solo término original, sea éste el yo, que debiera estar instalado en su propia conciencia para abrirse entonces a la del prójimo o bien sea, por el contrario, la sociedad, que preexistiría como totalidad al individuo y de donde éste apenas se desgajaría conforme adquiriese la conciencia de sí” (Arfuch, 2002: 95).

Así, en este libro se propone una aproximación empírica que supone la renuncia a lo universal sin que ello suponga ningún tipo de relativismo, porque lo singular en la empiria no es el individuo, sino el acontecimiento o el caso (Deleuze, 2010). Siguiendo esta misma línea, para Onfray (2011), “lo particular no existe sin subsunción a lo universal, ni lo singular sin subordinación a lo general, ni la individualidad sin sujeción a la ley” (p. 169).

De esta manera, la caracterización de la vida de un joven y sus sentidos sobre la educación no puede realizarse desde un individualismo metodológico o un individualismo fenomenológico, ni en teorías de los sistemas que suponen esencias autónomas, ya sean individuales, colectivas o ambas cosas. La vida de un joven “no supone esencias sino vínculos: modelos relacionales de vida social que se inician con transacciones o lazos interpersonales” (Tilly, 1998: 31). Tal como dice este autor, esa vida se realiza en torno a “coacciones relacionales dentro de las que se produce la acción individual” (Tilly, 1998: 46), en vez de reducir el comportamiento social a la toma de decisiones individual.

Es una tarea compleja describir los días de un joven atendiendo a las condiciones de precarización de la vida en un barrio y a los sentidos que va construyendo sobre la educación. La historia de Enzo es una narrativa de experiencias cotidianas que podría ser la de cualquier joven del corurbano, “gente común” que merece ser estudiada por sí misma (Chase, 2015:67). Es una narrativa que expresa sus emociones, sus pensamientos y sus interpretaciones. Se “convierte al self (el narrador) en protagonista” (Chase, 2015: 70). Ponemos énfasis en la singularidad de sus discursos, de sus acciones, de sus recuerdos, de sus memorias y en sus formas de narrarlas. De todo esto se trata la historia que aquí se cuenta.

En la infancia le hubiese gustado ser chico

Apenas llegó a Buenos Aires desde Corrientes, la familia de Enzo se marchitó, como una planta que no resiste el cambio de maceta. La mentira duró nada. Su padre, Alejandro, no los estaba esperando en una casa, como les había dicho a él y a sus tres hermanos. Tampoco había señales de un trabajo fijo. Su realidad laboral se reducía a algunas changas y la habitacional a una casilla en Villa Hidalgo. Al parecer, lo que sí tenía era novia nueva. Eso deprimió a su mamá, que no se esperaba esa mala noticia y no tenía un segundo plan.

Yanina y Ariel, los hermanos más grandes, de 13 y 14 años, decidieron quedarse en la casa del padre, tal vez, porque presentían que él no los controlaría demasiado. Enzo y Gastón, 6 y 2 años, estaban atados al destino de Silvia, la madre. Alquilaron un cuarto a una familia paraguaya durante un tiempo indefinido, nadie sabía por cuánto se prolongaría la estadía y, ahora, nadie se acuerda cuánto tiempo fue.

Después, unas conocidas les prestaron una pieza, vivían un poco más atrás, donde ya se terminaba el barrio. Era un baldío gigante desde el que se veía el camino del Buen Ayre. La mamá no salía casi nunca y Enzo se daba cuenta de que no andaba bien, que no era la de siempre. Habitualmente, no podía escapar a su ojo vigilador, a su reto permanente. Ahora lo dejaba salir a la calle. Incluso lo mandaba a visitar a su papá para que se pusiera al día con las cuentas. Él le decía que no tenía plata, Enzo le creía. Cuando volvía y le contaba, su mamá le decía que su papá era un mentiroso. Fueron tiempos difíciles, casi a la deriva, en un lugar nuevo, con lo puesto y poco más. Enzo quería ser chico. Nada más. Jugar, disfrutar, ser libre, estar tranquilo. Pero había que sobrevivir.

Como la madre no tenía trabajo y el padre no les pasaba plata, tenían que arreglárselas para poder comer. Marchaban desde esa casa provisio-

ría (a la que se mudaron cuando la separación) hasta la Avenida Márquez y Sarratea. Enzo recuerda que caminaban mucho, eran más de cuatro kilómetros. Allí estaba el restaurant *Las Talas del Entrerriano*. A medida que iba llegando, la gente armaba una fila. Cada tanto, salían del local algunos empleados y les daban comida, por orden de llegada. Había choripanes, carne, un poco de todo, eran los restos de lo que se consumía dentro del lugar. Ésa era la única comida completa que tenían en ese momento. Comer era una misión que les ocupaba casi todo un día, entre el ir y venir y las esperas. Enzo tenía siete años y no tenía vergüenza, quería comer. Para él era lo que había que hacer para subsistir.

De los pocos gestos positivos que Enzo rescata de su padre, la inscripción a un club ocupa el primer lugar. Lo acompañó a la primera clase de fútbol y después no lo llevó nunca más. La madre tuvo que hacerse cargo del traslado y salir de casa le trajo un premio. El profesor de Enzo era Eduardo, un muchacho que trabajaba de camionero y en sus ratos libres despuntaba el vicio como DT. Era amable, gracioso y no tan de a poco se fue interesando en Silvia. Nunca dijo nada con respecto a los hijos de ella. Eduardo compró un terreno y se encargó de nivelarlo. En realidad todos empezaron a trabajar, Enzo se acuerda de ser parte de ese momento pese a que no se daba cuenta exactamente qué hacían. Poco después, cuando avanzó la obra, entendió que era una casa de material para ellos. Wow, dijo Enzo. Ladrillos. Y techo por si llueve.

No había tenido esas comodidades en Corrientes. Allá, en Goya, la casa era de barro y el techo de paja. En la única habitación estaban todas las camas, el comedor era pequeño, igual que la cocina. El baño estaba afuera, a un costado. Todavía no había nacido Gastón. Ariel y Yanina cuidaban a Enzo mientras su mamá hacía otra cosa. Cuando ellos se iban a la escuela, Enzo se quedaba jugando, a veces solo. Todos los días, la madre le insistía para que durmiera la siesta, como todo el mundo, pero él no quería. Aprovechaba esos ratos de silencio y ojos cerrados para escapar hacia la casa de su abuela y refrescarse con los pies descalzos en los pisos de cerámico. Enzo recuerda esa primera infancia en Corrientes como la época más feliz. Jugaba a las bolitas y, cuando la mamá le daba permiso, se iba a la casa de al lado a mirar televisión. No tiene demasiado claro dónde vivían, sólo que quedaba enfrente de lo de su abuela paterna.

En Corrientes, cada rama de la familia aportaba una mirada distinta sobre la vida de campo. Mientras la paterna estaba presente en el día

a día, la materna era casi un mito. Tenía al río Paraná en el patio y una vida aislada, ni siquiera tenían vecinos demasiado cerca. Parecía que regían otras reglas, otras costumbres en esa casa. Todo era más salvaje. Iban a pescar y después cocinaban lo que traían, o carneaban un chanco. La misma abuela se encargaba de abrirlo al medio sin asco y le ponía al lado el tacho gigante de acero para juntar la sangre y hacer morcilla. Enzo miraba todo lo que podía. Intentaba demostrar que no se impresionaba. Hasta el día de hoy, dice, repite ese plan, para no demostrar temor. Su miedo, justamente, era tener miedo.

Retornando a la obra en construcción para la casa propia, Enzo aprovechó ese momento para bajar la guardia con Eduardo. Hasta entonces, lo tenía a distancia, no le daba confianza, no jugaba a ser su hijo. Él tampoco intentaba un rol que no fuera el suyo, dejaba que los retos los diera la madre. Ella tenía experiencia en el asunto. Enzo se recuerda como un soldadito y sus hermanos completaban el pequeño ejército. Ayudaban, lavaban, ordenaban. Tenían que dar el ejemplo. Si no lo hacían, cachetazo. Y a él no le gustaban los cachetazos de la mamá, así que colaboraba y no generaba más problemas de los que ya había.

No recuerda hasta cuando durmieron en tarimas con sábanas. Mucho más tarde llegarían los colchones y la división con un armario de por medio lograba que de un ambiente chico se crearan dos diminutos. En ese contexto nuevo y con una familia en plena reorganización, Enzo empezó la escuela primaria. Esa escena se repetiría a lo largo de su vida. El estudio como excusa perfecta para irse de casa, como un refugio frente a tantos problemas, como estructura ante el abandono o la carencia.

Creció por oposición a lo que veía alrededor. Gracias a los problemas de distintos parientes, conoció tempranamente las infidelidades, los embarazos infantiles, condiciones sanitarias mínimas, también situaciones de alcoholismo. En la casa de sus abuelos en Goya, sin ir más lejos, el baño era sólo para las mujeres y un tío que vivía al lado estaba siempre borracho. Todo el mundo lo evitaba para no entrar en peleas. Nada de eso se permite Enzo. El estudio es la garrocha con la que salta por encima de esos problemas para intentar ser un profesional. No quiere ser como ellos. O quiere ser de otra forma. Aunque tenga que estudiar de noche, aunque curse de a una materia por cuatrimestre, aunque le pesen los baches de formación, siempre quiere estar en situación de estudio. No lo tiene fácil, no por eso dejará de intentarlo.

Enzo tenía mucho tiempo libre, por no decir que no hacía otra cosa que ir a la escuela. El resto del día lo pasaba con su mamá y su hermano menor en ese descampado que era el barrio por entonces. Eran una especie de satélites y ella era el eje. Donde fueran, ellos giraban alrededor, nunca demasiado lejos. Esa no era precisamente una buena noticia para Enzo porque sentía que todo lo que hacía por su mamá no era recíproco. Se esforzaba, estudiaba, hacía tareas hogareñas, mandados, se portaba bien. Ella no era cariñosa con él, por el contrario, le exigía, lo peleaba. Si se quedaba dormido sentado en la silla, por ejemplo, ella lo despertaba y lo mandaba a hacer algo. Su madre los educó con mano dura. Cuando se enojaba, agarraba una manguera ancha y les tiraba agua fría. Casi que no les hablaba, sólo hacía señas. Con la mirada le alcanzaba para que la entendieran. La mayoría de las veces, lo que más quería era que la dejaran sola. Silvia ahora es diferente y cría al hermano menor de Enzo distinto que a él. Ella está mucho más tranquila y Enzo, por momentos, la entiende. Silvia tuvo que renegar mucho en su vida. Tenía que limpiar, cocinar, lavar a mano, era dependiente de Eduardo porque no tenía trabajo.

La relación se puso aún más intensa cuando Enzo empezó a participar del equipo de fútbol de Deportivo Tristán Suárez. Entre los 6 y 13 años jugó casi todos los fines de semana y su mamá se fue interesando por ese espacio hasta directamente apropiárselo. Se puso el equipo al hombro: lavaba a mano la ropa de todo el equipo, cobraba la entrada a los partidos, organizaba eventos para recaudar fondos, subía a los jugadores a los micros, repartía los sandwiches.

De todos los chicos del club, Enzo encontró en Nahuel, primero, un gran compañero y, con los años, un amigo muy especial. Pasó hasta dos semanas seguidas en su casa. Con él se sentía cómodo, hablaba sin preocuparse, se olvidaba por un rato de su familia. Eso ya era todo un alivio. Nahuel le daba oxígeno, no lo juzgaba y a cambio no pedía nada. Eran los buenos tiempos de la familia de Nahuel. Una luz especial en la cocina le viene a la mente a Enzo cuando piensa en esa casa. Y las plantas, cuántas que había, todas tan cuidadas. Parecía haber alguien detrás de cada decisión. Eso no pasaba en su casa, donde todo estaba librado al azar. Ir a lo de Nahuel era lo más parecido a las vacaciones. Jugaban a los videos juegos durante toda la noche y a la mañana siguiente la madre los despertaba con una chocolatada. No podía evitar compararlas, y su mamá siempre salía perdiendo. Ellas también se hi-

cieron amigas y los días de partido y de entrenamiento andaban felices los cuatro.

Enzo era el capitán dentro de la cancha y su mamá organizaba a los adultos que se acercaban a colaborar. En su último año en el club, salieron campeones y, con mucho esfuerzo, organizaron un viaje de festejo a Chapadmalal. Cuando Enzo estaba armando el bolso, su mamá le avisó que no estaba autorizado para viajar. Ni siesta ni viaje para él, nada de distenderse. Pero mamá, decía él. Pero nada, decía ella. Enzo se llenó de bronca. Lloró, gritó, golpeó cosas. Nada de eso frente a Silvia. No lo iba a ver quebrado. Demasiado orgullo tenía, dice Enzo ahora. Aun peleados, seguía ayudando con todas las tareas domésticas, como cuando aplanaba el terreno. Y tenía buenas notas. La actitud hostil de su mamá también persistía. No les quedaba mucho tiempo más bajo el mismo techo.

A los 14 años Yanina quedó embarazada y al año siguiente tendría otro hijo más. Igual que su hermano, abandonó el estudio y nunca más pudo volver a las aulas. Yanina se mudó a una cuadra de la casa de su padre, junto a su novio, Christian. Por su lado, Ariel se volvió a Corrientes, sin ningún otro plan que buscar trabajo porque en Buenos Aires nunca encontró nada. Lo mantenían los abuelos. Sus hermanos eran como un cartel luminoso para Enzo. Tenían escrito todo lo que él quería evitar: hijos no deseados, vicios, malas juntas. Su mamá tampoco parecía extrañarlos demasiado. O al menos no lo decía. A medida que fue creciendo, a Enzo cada vez más le costaba entenderla. Lo intentaba pero no lograba pensar como ella. Mucho menos sentir como ella, si es que sentía algo. Dentro de la casa, quedó rebotando durante meses la tensión que generó la negativa a que viajara a Chapadmalal. Ella no dio más explicaciones, él no se lo perdonó. Un día recibieron visitas. Unos tíos, o primos, no recuerda exactamente Enzo. Él estaba obsesionado con su primer celular. Le había costado mucho tenerlo y no lo soltaba ni para comer. Era uno de esos con tapita y antena, mucho antes del Whatsapp y los *likes* de las redes sociales. Su mamá le pidió que lo dejara antes de almorzar y él así lo hizo. Cuando lo volvió a agarrar, ya en la sobremesa, ella se lo quitó de las manos, lo rompió y lo tiró por ahí. La visita quedó muda, Enzo no dijo demasiado pero al día siguiente armó dos bolsas de consorcio con todas sus pertenencias y se fue caminando a la casa de su papá, en Villa Hidalgo. El recorrido a pie de esas setenta cuerdas (con sus descansos, porque las bolsas le pesaban) es el rato

más triste que recuerda en su vida. Durante el primer tramo además fue seguido por su mamá, que le decía que ni se le ocurriera volver, que nunca más iba a ver a sus sobrinos y una serie de maldiciones que Enzo olvidó para seguir adelante. Algo de toda esa emoción, sin embargo, le vuelve cuando escucha *Jimmy*, una de sus canciones preferidas. El rapero venezolano Clandes cuenta una infancia difícil, de un chico que es echado por su madre. Dice su letra: “Jimmy en la calle lloraba y no sabía hacia dónde ir. Su llanto la noche secaba, sólo la luna lo acompañaba. Jimmy es el amor y el odio, un dios y un demonio en la calle, Jimmy es un vivo y un muerto, el mar y el desierto, un *warrior*”.

Mientras él caminaba, su mamá llamó a su papá para avisarle qué estaba sucediendo. La novedad le pasó por el costado, como casi todo. No le armó un rincón especial, ni lo ayudó a acomodarse en esa habitación de 8x5 en la que entraban el comedor, la cocina, el baño y la pieza. Había una sola cama y se turnaban para usarla. El hecho de que Alejandro trabajara 12 horas, muchas veces de noche, facilitaba la logística del sueño. Enzo recuerda el cambio de casa como un paso atrás, un descenso en su calidad de vida. Ni siquiera había tele, el único electrodoméstico era la heladera. De un día para el otro y sin pensarlo dos veces, pasó de estar girando durante años alrededor de su mamá a vivir prácticamente solo. El cambio fue gigantesco y él se lo tomó con toda la naturalidad que pudo. Vacío las bolsas mientras pensaba en su madre. Estaba furioso con ella porque nunca le alcanzaba lo que él hacía. La odiaba y no quería verla nunca más. Por más que no se diera cuenta en ese preciso momento, copiaba todo lo que había aprendido de ella para instalarse en su nuevo hogar. Ordenaba lo poco que tenía, pasaba un trapo, lavaba los platos. ¿Dónde se guardaban las cosas? ¿Cómo era el barrio? ¿Cuánto rato pasaba su papá en la casa? Todo estaba por descubrirse pero él no sentía curiosidad por lo que vendría. Nada parecía muy auspicioso. Encima el colegio ahora le quedaba más lejos. Casi se había olvidado cómo era convivir con su padre, con sus silencios, su poco interés por todo. Lo poco que ganaba gracias a la limpieza de baños y oficinas se le iba en los gastos fijos, que incluían, en primer lugar, a la bebida. A Enzo no le daba plata ni le compraba nada. Con la mudanza, Enzo pasó a ser autosuficiente. Eso implicaba manejarse con cero pesos.

Si bien se había alejado de ella, la voz de su madre le llegaba a través de su hermana, con quien siempre tuvo un diálogo abierto, hasta

el día de hoy. Lo más positivo que rescata Enzo de su mamá es que le insistió mucho para que estudiara, para que no abandonara nunca. En los años de la infancia, que él recuerda como la época de sumisión, le hizo caso y, cuando ella vio que realmente él estaba comprometido con la escuela, dejó de molestarlo con ese tema. Con la mudanza, ella creía que él se iba a descarriar, como había pasado con los mayores, y que iba a dejar de estudiar. No le voy a dar el gusto, pensó Enzo.

Siguió yendo a la escuela aunque las dificultades cada vez eran mayores. Su papá no le daba dinero para que comprara útiles y la única carpeta que tenía se la había dado su hermana. No tenía tarjeta SUBE, no tenía plata, no tenía nada. En la escuela nunca contó que se había mudado. Se guardó el secreto y se concentró más que nunca en su objetivo: seguir cursando, nunca abandonar, no ser como ellos. Quería destacarse y conseguir un título aunque para eso necesitaba algunas facilidades mínimas, como una mesa para leer, resaltadores, una atmósfera tranquila. Nada de eso tenía.

La tensión familiar lo focalizó, le dio fuerzas, de dónde las sacaría si andaba más flaco que nunca. Alejandro nunca le cocinaba y en el kiosco de enfrente le fiaban hamburguesa con huevo frito. Se suponía que su papá algún día iba a saldar la deuda aunque todos (los dueños de almacenes, bares y kioscos) sabían que eso posiblemente nunca iba a suceder. Enzo se llevaba el paquete y lo calentaba en la casa. El huevo abajo y el paty arriba. O lo comía frío. Era la base piramidal de su alimentación, que, por cierto, no tenía otro complemento que lo que le dieran en la casa de su amigo Nahuel. Otro rebusque era pasar a comer por lo de su hermana. A los 14, 15 años se había convertido en un solitario que modificaba su modo de hablar y moverse según dónde estaba. Más barrial en la escuela, menos puteador en lo de Nahuel, huraño con su hermana, medido y casi invisible para su papá. ¿Y con su mamá? No hablaron por año y medio. Ella no llamó, él tampoco. La comunicación siguió a través de su hermana, nunca de forma directa. Esa sensación de que se esfuerza al máximo, no especula, y, sin embargo, no es suficiente, se ha repetido, en distintos planos, en la vida de Enzo.

Algo de eso sintió cuando, sin previo aviso, y de noche, aparecieron visitas que más que eso llegaron para instalarse y vivir allí: la mujer con la que se frecuentaba Alejandro y sus dos hijas. Llegaron con bolsos, cajas, listas para mudarse. ¿Cómo podía ser? Desde que Enzo había llegado a ese lugar, había sido el único que se había preocupado por la

limpieza, el orden, incluso lavaba a mano la ropa de su papá, como antes había hecho su mamá. ¿Cómo debía reaccionar ante esa invasión? Él se sentía el dueño de la casa, pero a los fines prácticos no lo era, estaba a la vista. Su papá podría haberle avisado que ellas iban a venir, pero no hubo tiempo de nada. Ya estaban ahí. Les dejó su lugar y se acomodó con un colchón al lado de la heladera.

Los días siguientes fueron una tortura, se vio obligado a compartir todo con gente que prácticamente no conocía. Estaba muy molesto y enojado y, al mismo tiempo, sentía que no podía perder tiempo en rencores, tenía que seguir adelante. La situación se hizo más apretada cuando llegó su hermano desde Corrientes, en el mismo plan que había tenido antes: conseguir trabajo. En la misma casilla en la que hasta hacía poco estaba casi siempre solo, Enzo pasó a convivir con otras cinco personas. Y él no había elegido a ninguna.

Cada día, cuando el reloj se acercaba a las 11, la hora señalada para salir hacia la escuela, él sentía que no podía irse. No quería dejarles todo. Me voy o no me voy, pensaba, porque todo lo que está adentro es mío, pensaba otra vez. En esos días confusos faltó algún día a la escuela, amagó con abandonar, pero recapacitó. Esa no era la solución. No soportó más y encaró a su papá. Ellas o yo, fue el planteo. Ellas, eligió Alejandro.

Enzo se quedó con nada y en la nada. No lo podía creer. Se fue directamente a lo de su hermana y ahí durmió unos días, pero no había dónde. Llegó indirectamente, a través de Yanina, la invitación de su mamá para que volviera con ella. No tenía ninguna otra chance, no le quedó más remedio que aceptar. Cuando entró, ella estaba lavando la ropa. No dejó de hacerlo para darle la bienvenida. No lo saludó, no lo miró. Él evitó saludarla, fue a abrazar a su hermano más chico. Unos años después, cuando la relación se había normalizado, Enzo le preguntó por qué había sido así con él. Ya no se callaba ni se preocupaba en no incomodar. Quería entender, quería saber, como siempre en distintos aspectos de su vida. Para eso tenía que preguntar, aunque las respuestas quizás no lo conformaran.

A mediados de 2018, Enzo se mudó con su novia a otro barrio. Su madre lo fue a ver sólo una vez, ni siquiera le manda mensajes para saber cómo está. Él se pregunta si vale o no la pena seguir amargándose con el vínculo con ella. Lo compara con la familia de su novia que

ayudan, se ofrecen, les llevan cosas para que estén mejor. En cambio, su madre no pregunta, su padre no aparece.

Enzo nunca se comportó o habló como un chico, eso siempre se lo remarcaron las maestras, sus amigos, los profesores, los jefes. Nunca fue chico porque siempre tuvo problemas por resolver y no pudo vivir de otras formas que le hubiesen gustado más. De hecho, hasta el día de hoy lo que le sucede con las personas que se va cruzando por su vida, sean de donde sean, es que le cuentan sus problemas y a él no le parecen tan graves. Sabe que los suyos no fueron ni son más importantes que los de los demás pero la pregunta de qué tan importantes son algunas cosas que escucha siempre le vuelve una y otra vez a su cabeza.

Su barrio y el de los otros

La mudanza de Corrientes a Buenos Aires marcó el fin de una primera infancia rural y el comienzo de una segunda en los barrios del conurbano bonaerense. Tan distintas las realidades, los paisajes, los vecinos. Aunque no recuerda mucho del campo, tiene imágenes fragmentadas del Río Paraná, de una vida silenciosa. La imagen del chanco colgado y abierto al medio por su abuela lo persiguió despierto y también en sueños.

La casa de Corrientes era muy chica. No tenía ventanas y sólo una puerta. En un dormitorio grande estaban todas las camas, el baño y la cocina comedor. Era una casa de barro que no daba a una calle, sino a un pasillo en el que estaban todas las salidas de cada una de las casas. La de Enzo era la última. El pasatiempo principal eran las bolitas y lo que pudiera encontrar por ahí. Sus recuerdos son de tiempos felices. Días largos, de tranquilidad y paz. Serían irrepetibles esos ratos a cielo abierto y solo. Cazaba bichos, caracoles, libélulas. Todos esos tres veces más grandes de los que luego se iba a encontrar en Suárez. En esa primera infancia hubo algunas características que se repetirían posteriormente: los pocos ingresos, la soledad, la falta de servicios básicos. El baño que no tenían en Corrientes, o que sólo era para las mujeres, iba a ser sólo la punta del iceberg en José León Suárez.

La segunda infancia y parte de la juventud de Enzo transcurrieron en un barrio que creció de población junto con procesos de pauperización y precarización en lo que suele llamarse villa miseria. Se trata de áreas donde cotidianamente se pone en cuestión el derecho a la ciudad porque faltan o se accede de modo muy precario a todos los servicios: de cloacas, agua potable, luz eléctrica, gas, recolección de basura, sumado a la absoluta precariedad de las viviendas, del entramado de calles, de los establecimientos educativos, zonas de esparcimiento, espacios verdes, entre otras tantas cosas.

En José León Suárez, donde se radicó la familia de Enzo cuando vino de Corrientes y también donde él concurrió a la escuela primaria y a la secundaria, hay una combinación de altos niveles de pobreza con contaminación ambiental. Presenta todos los elementos de un área hiperdegradada a partir de la ocupación informal de la llanura de inundación (Curutchet, Grinberg y Gutiérrez, 2012), la alta densidad poblacional, la extrema pobreza, la presencia del relleno sanitario más grande de la región metropolitana y múltiples basurales irregulares. Con estas características del conurbano bonaerense se produce una profundización de las desigualdades sociales, de las historias de los jóvenes así como de las instituciones emplazadas en ese territorio. En la cotidianeidad de estos barrios, de los sujetos y de las instituciones, esas desigualdades se expresan de diversas formas.

Enzo vivió en dos barrios distintos de José León Suárez. En Villa Hidalgo y en Barrio Nuevo con su madre y con su padre en diferentes etapas de su vida. Fueron muy similares esos lugares: calles de tierra, casillas pegadas unas a las otras, vecinos que escuchan cumbia, perros que ladran, conexiones de luz, agua y gas irregulares. Recuerda los silencios y, también, las irrupciones de ruidos constantes. Luego, otra vez los silencios. La radio se escuchaba en todas las casas y, sin darse cuenta, era algo que compartían entre todos. Lo común, para él, era la falta de espacios de privacidad ante la inexistencia de paredes que dividieran las casillas y sin paredones frente a ellas. La exposición era muy grande. Sin embargo, nunca tuvo problemas con nadie. Para Enzo eran barrios comunes, como cualquier otro. Esas ideas que trae Enzo de normalidad en una población determinada provienen, justamente, de un proceso casi permanente de comparación consigo mismo y con los otros. Esos juicios de lo normal y lo anormal, se producen a partir de su vida cotidiana y la de los otros. De aquello que él vive y cómo lo vive en comparación con el resto.

Durante los 90, la década en la que Enzo nació, estos barrios se fueron transformando en una de las áreas con peores condiciones de vida en el Partido de San Martín. Los basurales [3] a cielo abierto agregaron precariedad a los desplazamientos de los habitantes y al deterioro urbano generalizado de la región. En ambos barrios, Enzo vivió muchos momentos de felicidad, de crecimiento, de madurez forzada y apurada. Vio la llegada de mucha gente, la multiplicación de las casas y, a la vez, recuerda que las viviendas fueron creciendo para arriba. Para él,

la inmigración paraguaya fue clave en ese sentido. Levantaban tres o cuatro pisos muy rápidamente. Sabían mucho de construcción y tenían los recursos para avanzar sin planos ni maestros mayor de obras. Las villas miseria y los asentamientos del partido de San Martín estaban rodeados de un relleno sanitario que es operado por el CEAMSE [4], una empresa estatal que pertenece a la Ciudad Autónoma y a la Provincia de Buenos Aires, que es un lugar que data de la década de los 70 y que “originalmente era una zona de bañados, completamente despoblada. Un área inundable y alejada de los centros urbanos” (Alvarez, 2006a: 1). Su puerta de entrada se encuentra sobre el camino del Buen Ayre frente a un conjunto de barrios, asentamientos y villas de población que vive en la pobreza y ubicada en el fondo de José León Suárez, en el partido de General San Martín.

De hecho, las familias en estos barrios han vivido (y viven) en gran medida por los subsidios o la ayuda social del Estado —el Plan Jefes y Jefas, la Asignación Universal por Hijo, las cooperativas de trabajo de “Argentina Trabaja”—, la generación de ingresos por el “cirujeo” ya sea en Capital o en el CEAMSE, trabajos ocasionales en el sector informal y las redes de intercambio social (Segura, 2006). Son esas las condiciones de los sujetos que van construyendo, a través de la basura generada por los sectores más favorecidos (Alvarez, 2006), una posibilidad de acceso a la comida. La presencia de la basura en estos espacios urbanos puede pensarse desde diferentes, yuxtapuestas, contradictorias y relacionadas perspectivas porque, según Grinberg, Dafunchio y Mantiñan (2013), puede ser el simple paisaje cotidiano del barrio, puede constituir un problema ambiental y, también, para muchos, puede ser un recurso de vida. Los habitantes que viven en y de la basura, tal como dicen estos autores, improvisan recursos, formas, medios y prácticas para sobrevivir, buscan alternativas para satisfacer sus necesidades y “siempre se trata de acciones que, aunque minúsculas, dejan su impronta, interpelan al poder, lo cuestionan y le disputan valores, sentidos, a través de la sola resistencia, del vivir de cada día” (p. 142). Enzo específicamente nunca fue, pero sí su mamá. Cuando él tenía 8 años aproximadamente, recuerda que ella tuvo que recurrir al basural en busca de recursos para sobrevivir. Al igual que muchos vecinos, amigos y compañeros de sus escuelas. Enzo identifica claramente los problemas de todo tipo que van generando esas determinadas condiciones. Los vivió en carne propia durante su infancia y en el transcurrir de su escolaridad. Los problemas

con la luz, con la falta de gas natural y por tanto la necesidad de comprar garrafas. También la calefacción, el acceso a materiales para terminar de construir su casa.

Esas condiciones hicieron a su infancia, que transcurrió no sólo aplanando terrenos sino también esquivando la basura por calles de tierra, donde no pasaban transportes públicos cercanos, no había servicios de limpieza ni de recolección de basura, casi que tampoco había luz pública. Vivía en un espacio densamente poblado, en una casa de construcción muy precaria que se encontraba en los límites de un afluyente que los habitantes llaman “zanjón”. Según Grinberg, Dafuncho y Mantiñan (2013) “el zanjón es uno de los tantos arroyos que tiene la zona metropolitana de Buenos Aires y que transporta cloacas y desechos industriales de la ciudad. De forma que, por un lado, el arroyo al llegar a la villa arrastra la contaminación de buena parte de la ciudad, y al llegar al barrio es el lugar en el que se tira la mayor parte de la basura que se genera en su interior y que no es recolectada por ningún servicio” (p. 134). El zanjón quizás marca el camino más triste de la vida de Enzo, el que hizo de la casa de su mamá a lo de su papá, con las dos bolsas de consorcio llenas de ropa. Desde el zanjón, donde vivía con su mamá, se llega a un descampado que sigue en obra porque dicen que van a hacer un shopping. Allí atravesó un alambrado y caminó para ir al fondo de la villa. Bordeando el zanjón, paraba cada dos cuadras porque le pesaban las bolsas. Nadie lo ayudó ni él le pidió ayuda a nadie. En su horizonte dejaba el zanjón de Barrio Nuevo donde vivía con su mamá, para instalarse por los pasillos de Villa Hidalgo en la casa de su padre.

El zanjón para Enzo es como un río de basura porque hay residuos por todos lados y sobre todo por los bordes. Él lo primero que menciona es que ese sinfín de bolsas, botellas, restos de comida y vaya a saber qué más hace un puente de orilla a orilla y la gente cruza por allí. Al ser como un túnel, en el zanjón la basura va haciendo paredes y el agua rebalsa hacia arriba porque no tiene para donde correr. Cuando llueve es aún peor.

Con la escuela documentaron el zanjón en el 2010. Enzo se encargó de la producción audiovisual. Y estuvo a cargo de la edición del corto *Entre contaminación y reciclaje. Carcova banca* [5]. Esta pieza, realizada por Enzo junto con otros tres compañeros, comienza con imágenes del barrio. Describe a Carcova a través del zanjón y de la basura. Las calles sin asfaltar y el barro cuando llueve. Simultáneamente, escriben

en la pantalla remarcando la humildad de la gente y las injusticias de vivir allí en esas condiciones. Hacen foco, justamente, en la montaña de basura que va formando las paredes del zanjón y las formas en que se incendia esa basura al lado de las casillas precarias. Mientras que su amigo Rodrigo hace un fondo auditivo en el video a través del *beatbox*, hay un niño un poco más chico que Enzo cruzando el zanjón, pisando los nichos de basura que sobresalen hasta llegar a una goma de un auto. Está descalzo y en cuero. Salta y pasa de un lado a otro. Allí, comienza su juego. Nuevamente, hacen foco en su felicidad. Ahí es donde ese primer recuerdo de Enzo cobra total sentido y valor. Para él, en cambio, en ese momento que se filmó ni ahora, eso es justamente lo que no se debe hacer.

El mensaje del corto audiovisual es claro, a tal punto que lo explicitan directamente: eso no es lo correcto, nadie debería vivir en esas condiciones. Nada debería existir, ni la basura en ese lugar, ni el incendio y mucho menos el niño jugando a saltar mientras pisa la basura en el zanjón. Para ellos, lo que debería pasar es que vaya todo a plantas recicladoras, como sugirieron en unas imágenes posteriores. Contrastaron esas primeras imágenes con jóvenes que pasan andando en bicicleta y que se dirigían a las plantas recicladoras de basura del CEAMSE. Con este corto audiovisual, para Enzo estaban mostrando una queja, algo malo que pasaba y que querían que fuera distinto. La gente pedía que se limpie ese lugar pero eso no terminaba ni termina de suceder nunca. El barrio se banca todo eso y quieren salir, estar mejor. Pero la contaminación va ganando terreno, aún hoy.

Enzo a los 14 años comenzó a salir a la calle porque en lo de su papá estaba siempre solo. En esa soledad, también encontró momentos de felicidad. Se recuerda escuchando música, a oscuras y una sonrisa le vuelve a la cara. Pero cuántas veces lo podía hacer, se aburría. Abrió la puerta, se fue a la calle. Lo primero que pensó fue en sumar a Nahuel, a quién sino. Lo hicieron un par de veces y la magia estaba intacta. Sin embargo, el camino que habían recorrido juntos anunciaba una primera curva: la muerte de la mamá de Nahuel. Su fallecimiento apagó esa luz especial que Enzo recuerda de esa casa. Con ella murió una de las dadoras de afecto que Enzo se había conseguido para suplir un poco de lo que nadie le daba. Cuando se enteró de la noticia fue a la casa de su amigo y se encontró con la imagen de tristeza más grande de su vida. Todos llorando. Se abrazaron con Nahuel, lloraron, se dijeron cosas al

oído. Fue sin duda un antes y después de la vida de los dos. Empezaron a conocer la calle. No hacían nada en especial, simplemente perdían el tiempo en distintos lugares, porque tenían poca plata para gastar. Por ejemplo, iban hasta los monoblocs que estaban enfrente del cementerio de Boulogne y tomaban cerveza o fumaban. Enzo andaba atrás de él pero sin demasiado interés por la propuesta. A los 15 Nahuel se fue a un lado más oscuro, el de las drogas. Fue una curva más pronunciada, sin retorno inmediato. Enzo intentaba terminar el colegio y al mismo tiempo estaba en la esquina con los pibes. Hasta ese punto era una rutina que tenía bajo control: iba al colegio, después a la casa de Nahuel. Nadie le decía lo que tenía que hacer.

Enzo no sólo lidió con esas condiciones de vida sino, también, con las miradas estigmatizantes que recaían sobre él y sobre el lugar que le tocó vivir. Nadie sabe lo que es vivir ahí, ¿por qué a nadie le importa?, dice Enzo. Él habla sobre estas formas en que era visto por los otros y también hace una lectura política de sus situaciones y realidades, de esas miradas sociales y cómo repercuten en su vida.

José León Suárez atrae la visión de los medios por sucesivos hechos y situaciones que, justamente, se construyen como problemas a partir de las noticias sobre el tren blanco, el CEAMSE, la gente que busca comida en ese basural o en el relleno sanitario, aquello que sucede en las villas y, fundamentalmente, en La Carcova, el descarrilamiento del tren, los secuestros. Los medios, tanto gráficos como visuales, clasifican a José León Suárez de modos que los destinos y las existencias de los sujetos que allí viven quedan referidos a esas adjetivaciones: “*Corredor mortal*”, “*parque temático de la miseria*”, “*los que descarrilan trenes*”, “*lo que horripila es el cirujeo de desechos alimentarios*”, “*escenas postapocalípticas*”, “*el cirujeo en el Quemaikén [6]*”, los “*posthumanos*”. En estas frases hay algo del humor que no tiene sentido, que sobra y no hace falta, que hace que deje de ser gracioso sobre todo cuando se ubica a un humano como posthumano, a una quema de basura como un parque de diversiones y, fundamentalmente, cuando los modos de nombrar y describir estos barrios se dirimen entre la pena, la culpa y lo horripilante. De estas formas, José León Suárez y algunas de sus villas miserias más importantes, como los barrios en los que vivió Enzo, han adquirido notoria visibilidad en los medios gráficos y visuales de comunicación durante los últimos años. Es decir, esta región de San Martín ha sido estigmatizada como una zona de alta peligrosidad y es considerada por

los medios de comunicación como un *corredor mortal* [7]. Es un lugar que, como dice Ricoeur (2000), “confronta en el mismo espacio, épocas diferentes, ofreciendo a la mirada, la historia sedimentada de los gustos y de las formas culturales” (p. 194).

Así, en un programa de televisión que realiza una nota sobre las villas miserias de José León Suárez [8] y sus problemas centrales, tales como el agua, la contaminación o el aire, se muestra el zanjón que desemboca en el Reconquista como un foco de infección, la cercanía con el CEAMSE y cómo [9] mucha de la población de la villa va a la “quema” para buscar comida, cartones o cualquier otra cosa que pueda ser reciclada y que tenga valor para ser vendida. Aquí es donde los medios participan en la construcción de esa vida en condición de pobreza como pobre [10], un no-humano, el “*posthumano*”, a través de preguntas de un periodista que parecieran ingenuas o simplemente mal formuladas pero constituyen operaciones de producción de subjetividad.

Los medios contribuyen a conformar ese estereotipo del adolescente o joven pobre “varón, que vive en barrios periféricos, sin padres, tomando cerveza, sin hacer nada, vestidos con gorros visera y ropa deportiva, agresivo, maleducado, contestador, violento” (Croce, 2005: 86). Y la generalización de este estereotipo es no sólo equivocada sino, también, mentirosa y no real, como dice Croce (2005), cuando se sienten discriminados se alejan de las personas o los ambientes en los que estas sensaciones se les presentan. El miedo, la indiferencia y la repugnancia son causas muy profundas de los modos de reaccionar de los adolescentes y jóvenes respecto de los adultos porque, justamente, ellos son particularmente sensibles a las situaciones de discriminación.

Enzo está al tanto de estos programas y de aquello que se dice en los medios. Es crítico a esas formulaciones. Para él, la mayoría de la gente se la rebusca como puede. Confronta con lo que se muestra en la televisión, esas imágenes negativas de sus vecinos, de sus lugares, y lo que él ve, día a día, año a año. Él conoce a la gente trabajadora, que soporta condiciones de trabajo magras, que arranca temprano cada jornada y que termina cuando puede. Reconoce a sus vecinos como sujetos haciendo *un montón de cosas*. En realidad, para Enzo lo que existe en estos espacios, en estos barrios, es la vida y el deseo que se desplaza en esas condiciones. Él problematiza esas condiciones, las juega y las pone a jugar todo el tiempo. Enzo no se constituye a partir de esos prejuicios, discriminaciones o estigmas por vivir donde vive o

porque muchos de los momentos de su infancia han tenido condiciones sumamente precarias. Como dice Merklen (2007), el hecho de considerar a tal persona de tal forma no lo convierte necesariamente en eso, ya que ello sería un reduccionismo ridículo.

Enzo procuró hacer amistades por fuera de su barrio. En la escuela secundaria, se hizo amigo de Rodrigo, que vivía cerca, en un barrio lindo, que para él era como de otra clase social. Él veía que su amigo hablaba mejor, se vestía bien, era un chico tranquilo. Intentó adaptarse a esa forma de ser y a ese barrio. Quizás, lo que heredó de esa amistad es el entrenamiento de kick boxing.

Hasta ese momento, esa práctica no tenía nada que ver con su vida pero no sólo que se interesó a los 14 sino que se convirtió, hasta la actualidad, en un eje que le organiza horarios, ejercicios, rutinas. El mundo del deporte le quedaba tan lejos que no manejaba los fundamentos básicos, como desayunar antes de entrenar. Rodrigo le decía que por lo menos comiera una flautita de pan en el camino, para tener algo de hidratos de carbono en el cuerpo para quemar. Enzo, como casi siempre, hizo caso y empezó a desayunar todos los días para estar más fuerte en el gimnasio. Entrenaba tres veces por semana, volvía a su casa y, como estaba solo, colgaba de una viga una bolsa de ropa sucia y le pegaba patadas y piñas. El arte marcial le enseñó la disciplina, a respetar a su cuerpo, le bajaba las revoluciones. Tenía demasiados problemas para su edad y el kick se convirtió en un cable a tierra. Enzo tenía que lavar, cocinar, ordenar, sin plata para comprar ni para comer. No podía recurrir a su mamá, su hermana ya tenía dos criaturas que atender. Estaba muy solo. Entrenar fue como un alivio, comenzó a estar más tranquilo. Hasta que conoció a su primera novia y allí cambió algo de esa tranquilidad porque su ella vivía en el barrio Independencia, o como le dicen en el barrio Curita. La madre de ella trabajaba todo el día y su familia vivía en un clima complicado. Enzo se hizo amigo de los hermanos de su novia. Iban todos juntos a la misma escuela que quedaba cerca de otro barrio que se llama Corea. Enzo no era de ninguno de esos barrios, pero pasaba mucho tiempo en Curita y conocía a varios chicos de allí. Eso finalmente le trajo problemas en la escuela.

La vida de Enzo estaba dividida, con gente distinta en la escuela, en el gimnasio o de los barrios que frecuentaba. Siempre aparentaba ser de otro lado, se transformaba. Aunque él no se sentía muy a gusto con estos cambios constantes. Quizás, Enzo se relajaba sólo cuando estaba

con Rodrigo porque no le importaba la edad que tenía o por cómo hablaba. O simplemente, lo sentía así. Era su amigo y se sentía en confianza.

Enzo mira y aprende de esas personas. También, marca las diferencias con ellas. Reconoce que compararse está mal y no por eso deja de hacerlo. Que asfalto allá, que tierra acá. Que la noche allá es diferente a la de acá. Que nosotros y los otros. Enzo compara cada uno de esos lugares: la soledad o no de las calles; cómo esquivar a determinadas personas; saber dónde meterse o no ir y a qué hora salir; poder salir a otros lados o estar encerrado temprano en su casa. Desde su mirada, no queda bien comparar a unos y a otros, lo que tenían y lo que faltaba, pero a esos pensamientos lo ayudaban, y aún hoy le sucede, cuando nota las diferencias con Nahuel que dejó el colegio, con Rodrigo que la tenía más fácil por el barrio en el que vivía, con sus cuñados que se agarraban a las piñas con los de otras villas. Ahora también le pasa. En su trabajo en el gimnasio, se cruza con chicos de su misma edad, que tienen 20, 21 o 22, como él. Lo primero que hace es preguntarles si trabajan o estudian. Se sorprende con que muchas veces le dicen que no hacen nada, que viven con su familia y se levantan tarde. A él nada le da más bronca que escuchar eso. Siente que desperdician lo que él nunca tuvo: tiempo, plata de los padres, y, encima de todo, no hacen nada por mejorar.

El largo camino a la escuela

Recién llegado de Corrientes, en primer grado a Enzo le pareció todo fantástico. Del campo a la provincia de Buenos Aires, de la casa de barro a una de madera, de una escuela chica a una grande. Inmediatamente, lo anotaron en una escuela que estaba a quince cuadras de su casa. Como sus padres se habían separado, su mamá los llevó a él y a su hermano durante algunos años. Luego, comenzaron a ir solos. Se despertaban, desayunaban y salían para la escuela. También, algunos días Enzo iba con sus vecinos. Uno de ellos era un chico que andaba en silla de ruedas. Veía como su madre lo ayudaba porque había partes del barrio que eran imposibles de transitar. Entonces se bajaba de la silla e iba con muletas, alguien le llevaba la mochila. Para Enzo, ellos la peleaban siempre pero no eran humildes. Pretendían ser algo que no eran. Ellos vivían en una chocita llena de perros. Eso, para Enzo no tiene nada de malo, pero sí intentar parecer otra cosa. Ese detalle, para él, opacaba todo lo que hacían. No le encuentra sentido: se esforzaban tanto por llegar al colegio y ahí aparentaban ser gente de plata. En realidad, Enzo no sabía si tenían vergüenza de ser de dónde eran o qué. Andaban con los celulares más nuevos o le daban importancia a la ropa. De ahí comenzó a comprender y a valorar la humildad cuando no se tiene nada, tal como a él le sucedía. A pesar de estas sensaciones, si Enzo no hubiera ido con ellos, no hubiese sabido cómo llegar a la escuela. Luego entendió que el camino era todo recto.

Enzo de niño fue más bien aplicado y callado. Aprobaba con facilidad, respondía a todas las consignas, hacía la tarea. Se destacaba, tal como él internamente quería. De hecho, a mitad de sexto grado su maestra bromeaba con su mamá que lo podían pasar a séptimo porque le iba muy bien. Enzo por momentos se lo creía y pensaba que no se animaba. Tenía que ir al piso de arriba, donde estaban los chicos más

grandes. Abajo todos usaban guardapolvos, iban vestidos todos iguales. A Enzo, que era introvertido, le daba miedo subir porque allá estaban los que tenían el pelo todo de negro, otros con aritos, otros vestidos de todos colores. Él los había visto pasar aunque se hacía el que no miraba porque no quería llamarles la atención. Le resultaba todo muy raro y sentía que no iba a poder adaptarse. Nunca le dijo a nadie, pero tenía mucho temor a no moverse con toda su manada de compañeros. Fue tan aplicado de chico que fue abanderado varias veces. La banda y la bandera, sobre todo la de Argentina, le resultaban enormes. La bandera era tan grande que una vez le pegó al escolta cuando se le cayó. En cambio, con la bandera bonaerense no tenía problemas porque era más chiquita.



Durante esa etapa de la escuela primaria, su madre estaba detrás suyo cada día. Le decía que no perdiera nada, que no se peleara con nadie, que le hablara bien a la maestra. Si Enzo tenía una nota por mala conducta, en casa había castigo. A la fuerza aprendió a mantener el orden y la prolijidad. Vivió esa escuela primaria de una forma agresiva, más allá de toda su tranquilidad y del seguimiento de su madre. Lo molestaron mucho. Sentía que había varios compañeros a los que no les interesaba estudiar, o que iban y venían en su escolaridad. Los veía como súper rebeldes porque molestaban a todos. Esa rebeldía, luego para él cobraría otro significado.

Para Enzo era habitual ver cómo se agarraban a piñas en la escuela, sobre todo un compañero: Hugo. Tiraba piedras junto con el Tarta y con Tortícolis. Así les decían porque uno era tartamudo y el otro tenía el cuello torcido y no se lo podían enderezar. Enzo recuerda una vez que Tortícolis y Tarta estaban a punto de pelearse, dándose cabezazos. Para él, era como que se enfrentaran dos titanes. Era agresivo el clima en los recreos y él intentaba jugar a la mancha sin que nadie le pegue. Enzo fue aprendiendo a ubicarse, a no entrar en problemas por el solo hecho de mirar o estar cerca de alguien. No se mostraba asustado frente a las peleas ajenas, sino que se alejaba de tal modo que nadie se diera cuenta. Sigiloso, quería evitar que lo buscaran especialmente. Seguía su instinto de supervivencia pero en realidad eran decisiones que iba tomando: no contestar, no juntar bronca, estar tranquilo, medirse y, sobre todo, entender los distintos contextos.

En esa primera escuela intentaba pasar desapercibido. Se conformaba con estar tranquilo, sin que lo retaran y sin llamar demasiado la atención con sus compañeros. El aula era el espacio de formación, claro, de juego, a veces, y también donde encontraba una rutina que no se repetía en otros órdenes. Una clase, recreo, otra clase, recreo. Sabía lo que iba a venir y también al día siguiente. Todas las materias, más o menos, le gustaban. En todas, más o menos, se destacaba. Eduardo compraba todo lo que necesitaba y su mamá le explicaba una y otra vez que tenía que cuidar los útiles. Enzo recuerda esta etapa suya como de sumisión, casi siempre con la boca cerrada, en silencio. En todo momento parece haber sido juicioso del entorno, de las dificultades.

Al terminar octavo de la primaria en Villa Hidalgo, su madre decidió cambiarlo de colegio, Enzo no sabe por qué. Tal vez, porque sus vecinos también iban a ir allí. Se pasó de escuela con el amigo que andaba en silla de ruedas, pero ya dejaron de ir juntos. A esta nueva escuela, tenía que ir en colectivo. Quedaba un poco más lejos de la casa de su mamá, estaba fuera de su barrio. Caminaba unas cuadras hasta la parada del colectivo, viajaba y luego tenía otras cuadras por caminar. Tardaba un rato en llegar pero no tenía problema, porque iba al turno tarde. El colegio al que iba era solo hasta noveno grado [9], no tenía el resto de los años de la secundaria conformada. Enzo tenía 11 años y no se lo olvida más. Nuevamente, estaba muy asustado. El colegio al que iba era muy chico, a pesar de que le pareció grande a penas mudado de Corrientes. El nuevo parecía gigante en comparación. Al instante de entrar, se dio

cuenta que era mucho más grande. Noveno estaba dividido en dos cursos. Cada año, tenía dos cursos. No lo podía creer.

Recuerda que en su primer día estaba en la formación, había un montón de chicos pero se sentía solo en el patio central de la escuela. Estaban izando la bandera y el director dio un discurso dando la bienvenida y recibiendo el año que venía. Enzo dijo guau. Tenía una doble sensación, estaba nervioso pero tranquilo. Quería conocer a sus nuevos compañeros. Cuando llegó al aula había muchos chicos que para Enzo parecían más grandes, creía que estaban a otro nivel de la adolescencia. También, lo que notó es que, como no había guardapolvo, los chicos estaban vestidos como para salir. Enzo no solo que no estaba acostumbrado con eso sino que tampoco tenía los recursos para ello. Sintió desde ese primer momento que el ambiente era diferente, que era como más sociable en comparación al anterior.

Ya en la secundaria, cuando Enzo se fue de la casa de su madre a la de su papá, estaba casi todo el día en soledad. Todo tambaleó pero sostuvo el estudio para no darle el gusto a su mamá. Ningún docente o compañero sabía que se lavaba la ropa, que se cocinaba, que ordenaba, que no tenía un peso ni nada para comer. O que, también, muchas veces estaba toda la noche en soledad. Siempre estaban cruzados con su padre, nunca se veían. Cuando Enzo llegaba, su padre se iba. Cuando su padre llegaba, Enzo se iba.

Esa escuela estaba a 15 cuadras de la avenida Márquez y desde Márquez hasta la casa de su papá había otras 40. Sin plata, caminaba ese trayecto todos los días. Sin nadie que lo obligara a levantarse porque era la hora de ir al colegio, sin almuerzo ni compañía hacia la escuela, ni cena familiar al volver, ni alguien que le dijera que no perdiera nada, como en la escuela primaria. Él continuó yendo. Conocía un montón de personas que habían dejado de estudiar por una mudanza, un problema de salud, lo que fuera. Él no iba a ser como ellos.

Cuando Enzo arrancaba para la escuela, pasaba por la casa de su hermana y le avisaba que se iba. Cada tanto ella le ofrecía algo para comer, pero ella tampoco tenía mucho. Cuando retomaba su camino, siempre se cruzaba con un grupo de jóvenes más grandes. Cuando se enteraron que era Enzo, el hermano de Bebo y Yanina, lo empezaron a saludar. Al pasar mucho tiempo en la calle, la personalidad de Enzo se fue complejizando.

En ese largo recorrido hacia la escuela, siempre caminando, había perros por todas partes y pasaba por la esquina de su ex compañero de la primaria, Hugo Guevara. O como él le decía, el bravucón de la primaria. Como ya estaba con un caparazón más duro y andaba como si fuese malo por el barrio, se cruzaba con él y se saludaban de igual a igual. Ya no le tenía la bronca de ese entonces. Comprendió que Hugo Guevara molestaba a todos y se iba hasta el extremo porque su padre había estado preso, había tenido una infancia muy difícil, no tenía para comer, su madre no había tenido el seguimiento que la suya había tenido con él. Enzo se sentía más identificado ahora con Hugo. Se empezaron a saludar y a hablar. Como pasaba todos los días por ahí, le contó que vivía cerca. Nunca llegó a ser amigo de él, pero pudo comprender que ese niño que tanto lo había molestado en el pasado, había tenido situaciones difíciles de digerir.

En su marcha cotidiana, cuando Enzo llegaba al zanjón intentaba caminar a paso ligero. No es que tuviese miedo sino que trataba de evitar el humo y los malos olores producto de la contaminación del lugar. Por eso, siempre a esa altura le comenzaban a doler los pies. Ya por la avenida Márquez se empezaba a cruzar a los chicos que bajaban del colectivo y que también iban al colegio. Los veía que iban llegando, muchos de ellos, con la madre o el padre. En cambio, él estaba siempre caminando en soledad. Enzo veía la diferencia, la sentía. Se comparaba todos los días. En el regreso y con la nueva larga marcha diaria, a Enzo lo encontraba todos los días una sensación de felicidad de volver al barrio. Le gustaba volver. Aún en invierno, cuando llegaba y ya era de noche.

Es cierto que a Enzo, también, le gustaba mucho ir y estar en la escuela. Sobre todo le encantaba estar en un taller de producción audiovisual [10] que se hacía con su profesor de comunicación y con profesores de la universidad [11]. Ese taller fue un espacio en el que, junto con sus compañeros, producían cortos documentales para pensar y problematizar sus realidades. Ponían en imágenes y en palabras sus pensamientos, sentimientos, miedos, deseos, problemáticas cotidianas permitiendo, así, mirar y mirarse, pensar y pensarse en la trama de su propia realidad dentro de la historia, siendo realizadores de productos audiovisuales que cuentan quiénes son, dónde viven, qué piensan y sienten. Se sumergían en sus vidas a través del propio relato (Carpentieri, Dafunchio, Langer y Machado, 2015).

Para Enzo ese taller le sirvió para jugar con la idea de transmitir un determinado tipo de mensajes a la sociedad en general o a cualquier persona en particular, con palabras, imágenes o, simplemente, con música. Aprendió a decir algo que se quiere demostrar con fundamento o hacer saber al resto tratando de historizarlo. Algo no menor para su condición de vida. La pregunta de Enzo siempre era ¿qué imagen será la que haga transmitir esa idea que quiero hacer saber? Buscaba que el video generara sentimientos inesperados en los otros, que impactara, que repercutiera o influyera en el que estaba mirando. A la vez, creía que los cortos generaban una especie de unión con sus compañeros. Había alianzas con el objetivo de investigar, saber más sobre un problema y cómo trabajarlo. Esos acuerdos intentaban mostrar, siempre, algo importante desde sus miradas.

Enzo se acuerda especialmente de una actividad del taller. El disparador fue la realización de presentaciones personales a través de la elaboración de afiches en los que podían escribir, dibujar y poner cualquier recorte que quisieran. Él eligió escribir “salvación”, “en son de paz”, “morir en el intento”. Fueron las frases que Enzo utilizó para retratarse junto con la pintura de una mujer y el perfil de otra mujer en una moneda. Con este afiche, nos preguntamos quién es el Enzo estudiante, qué quiere, qué desea, qué le gusta, qué le sucede en ese momento, etc. Es decir, este afiche expresa deseos. ¿Qué deseos? Los de un individuo por conducir su existencia para mejorar su calidad de vida (Rose, 1996), que afirma el derecho a ser diferente y subraya todo lo que hace a los individuos verdaderamente sujetos (Foucault, 1988).



Autorretrato realizado por Enzo en su escuela secundaria. 2012.

Enzo es un joven que desea. Le gustaría crecer, tener un amor, vivir e inclinarse a los placeres de la vida, conocer el mundo, igual que a cualquiera. Pero, por sobre todo, quiere vivir, quiere salvarse. También es un joven que banca y se banca cualquier cosa. Soporta, resiste. Y en el afiche lo demuestra con esas frases fuertes y contundentes. Realiza esas acciones con ideales firmes. Se esfuerza con esos múltiples intentos e insistencias, de ahí que expresa toda la vida en la muerte. O a pesar de ella. Por último, demuestra que puede ir marcha atrás, puede reconciliarse. Tal vez, la partida de la casa de su madre fue un intento de decir algo. Pero quiere estar bien con ella, quiere estar en son de paz. Ese afiche fue un modo de expresar lo que sentía en ese momento. Fue su forma y su manera.

Esos deseos apuestan, fundamentalmente, a la vida y lo expresa en ésta como en tantas de sus producciones, no sólo con palabras y frases significativas y sugestivas sino, también, con imágenes. Si bien, podríamos suponer que Enzo podía hacer referencia a sus gustos por la comida o por la bebida, sus deseos de ropa o de vestirse bien, por determinada música, sus anhelos en el mercado de consumo, aquí sucedió otra cosa. Fue un retrato que rompe con esos estereotipos sociales de joven, hombre, inexpresivo e indiferente poniendo como centro una imagen o dibujo de una mujer delicada rodeada de frases más reflexivas como “en son de paz”, “salvación” y “morir en el intento”.

En el devenir de Enzo encontramos esas “otras formas” que rompen con los moldes y los modelos, que recuperan la expresividad, la sensibilidad y las formas de ver de maneras distintas. Rompen con esos modelos pero, a la vez, continúan con las nuevas formas de regulación hacia la actualidad. En esas tensiones, Enzo produce y vive su escolaridad. En esas tensiones, vive su vida. Es en esta entramada complejidad que, sostenemos, los jóvenes producen sus identidades en la actualidad tanto en las escuelas como en los barrios. Enzo posee deseos contradictorios y sus acciones son comprensibles en el marco de esas contradicciones (Bataillon, 2008).

En estas frases de Enzo nos encontramos con la productividad de apostar por la vida, así como en la imagen del autorretrato nos encontramos con la alegría de quien desea la vida, su futuro, ser alguien. Esos deseos y esas formas de hacer se constituyen en relación a sus condiciones de existencia en ese momento. Enzo se había ido de la casa de

su madre, estaba solo en lo de su padre, que nunca estaba. Pero seguramente ya estaba pensando otras cosas.

Son esos modos de devenir joven, estudiante, varón, amigo, hijo, que importa comprender ya no a través del sexismo, del machismo, de la furia, de la violencia, de escapar de la escuela o no querer escuela, tal como Enzo expresa en su autorretrato. Rompe con esas figuras dominantes de la mayoría. No buscar quilombos, no quiere tener problemas, le importa cómo lo van a mirar, son otras formas de ser, tal vez no tan popularizadas, en el barrio y en la escuela. Así será, también, en el trabajo y en la universidad. Esos deseos y estrategias son indicadores de la cultura y la sociedad en la que vive Enzo, son esas expresiones que codifican, como dice Reguillo (2012), la esperanza y el miedo, formas de interacción comunicativa, “un texto social que espera ser descifrado: el de una política con minúsculas que haga del mundo, de la localidad, del futuro y del día, un mejor lugar para vivir” (Reguillo, 2012: 15). Sus deseos expresan afectividad a través de los modos de vivir como, por ejemplo, estar juntos con sus amigos. La amistad, el amor y las relaciones con los otros son centrales para pensarse como persona en su presente y futuro tanto fuera como dentro de la escuela. Ese deseo es, justamente, el elemento que va a impulsar la acción de Enzo, es la búsqueda del interés para el individuo o la “producción del interés colectivo” (Foucault, 2006: 96).

Pero a Enzo siempre lo alcanzan los obstáculos. Recuerda que un día en el taller estaba viendo una película cuando apareció su cuñado todo ensangrentado. Los amigos de su cuñado comenzaron a llamarse entre sí y también a otros para que llegaran más chicos del barrio a la puerta de la escuela. Cuando salieron, comprobaron que la convocatoria había funcionado, había dos cuadras llenas de pibes. Querían vengar a su cuñado, estaban dispuestos a fajarse con quien fuera. Habría que ver a cuántos de ellos les interesaba el estudio, se pregunta Enzo. Seguramente, esa batalla iba a disparar una lluvia de sanciones disciplinarias, pero él no podía despegarse de su cuñado, eso hubiese sido una falta de códigos. Quedó atado a su suerte. La tensión entre esos grupos, con la escuela como potencial cuadrilátero, se sostuvo durante semanas. Siempre había alguien controlando si aparecía su cuñado. Se la tenían jurada. Tuvo que modificar algunos hábitos, para no cruzarse con nadie, y empezó a viajar en un remise que pagaba la mamá de su cuñado. A mitad de año, las autoridades lo cambiaron de turno y su cuñado, poco

después, dejó el estudio. Durante meses, Enzo siguió yendo con miedo y recuerda que miraba las esquinas para comprobar que nadie lo estuviera esperando. Pero Enzo siempre tuvo miedo de tener miedo. Como seguía en la casa de su papá, nadie lo pudo ayudar con ese problema. El hecho de ponerse de novio y ser amigo de su cuñado le trajo un problema más. Terminó ese año, cuarto, con chicos que no conocía, incluso se tuvo que cambiar de especialidad, de Comunicaciones a Economía. Es decir, no sólo que no pudo seguir con el taller que tanto le gustaba sino que se tuvo que poner al día con un montón de lecturas. Para él fue algo terrible sentir que todos los días querían pegarle. Tenía 15 años y los otros eran más grandes. Incluso creía que su cuñado si tenía que pegarle a alguien y dejarlo tirado, lo iba a hacer. Incluso a él.

Enzo desde allí aprendió a estar a la defensiva. Durante mucho tiempo, no sabía qué podía pasar de un momento a otro. En el barrio, en la escuela, en el trabajo, en su familia, con sus amigos. En ese momento, tal vez no tan casualmente, comenzó a entrenar. Notó un cambio en su forma de ser, ya no se quedaría callado nunca más.

En octubre del quinto año de la escuela, Enzo quería terminarla. Estaba estresado. De a poco se iba dando cuenta que cada vez eran más cosas que tenía que hacer fuera de la escuela y aprender dentro. Él remarcaba ese estrés. Aun así, Enzo esperaba muchas cosas de la escuela. Pensaba que le iba a servir para su trabajo y que era una promesa de futuro, especialmente. También, que enseñaba lo necesario y que lo formaba para defender sus derechos. Hasta para ser buena persona creía Enzo que la escuela le servía. De esta forma, Enzo desmonta muchas de las frases que se escuchan y producen en la sociedad sobre el no interés, las ganas o los gustos de los estudiantes. Ello no era lo que predominaba en Enzo. El “no hay mucho interés en la escuela, ya no se respeta a la maestra”, o el mito del ausentismo de los chicos, o que la escuela “no sirve absolutamente para nada” no formaban parte de su repertorio de expresiones sobre su experiencia escolar. La asistencia, para él, resultaba importante, implicaba una búsqueda de un espacio y un tiempo. Aunque sea con stress de por medio.

Enzo caminaba muchas cuadras para ir a la escuela, no tenía útiles pero pedía prestado. Parecía que era el único lugar donde estaba tranquilo, además del gimnasio. Ir a la escuela, era una forma de cuidar a su papá, porque si abandonaba, la madre lo iba a culpar de eso, como había sucedido con sus hermanos. Seguramente, había una conjunción

de factores. Quizás, en otras épocas, ni siquiera hubiese podido pensar ninguno de ellos. Para el Enzo de quinto año, en 2012, la escuela era un lugar donde se aprendían muchas cosas, de la que no se quería ir porque le gustaba. También era un lugar para tener amigos.

Estas valoraciones positivas contrastan con todas las valoraciones negativas respecto de todo lo que circula en relación a las escuelas, a la calidad, a la infraestructura, a los docentes. Desentonan, discrepan, chocan con todo. Desde la visión de Enzo, la escuela continúa siendo un espacio de estructuración de proyectos y expectativas de vida. Estas valoraciones positivas de Enzo nos da la posibilidad de entender esa imbricada relación entre juventud, educación y pobreza en ese momento y hasta la actualidad. Esos matices, esos desniveles y esos conflictos en torno a cómo se vive la escuela, cómo se vive la educación y, en definitiva, cómo se vive la propia vida de los jóvenes en barrios periféricos del conurbano, están condensados allí.

En Enzo hay posibilidad y hay desazón, hay amor y odio, rescata a la escuela pero le hubiese gustado que fuera mejor, que hubiera menos injusticias, que lo traten bien. Por eso decíamos, al principio, que en Enzo la rebeldía se fue resignificando desde los primeros momentos en que lo conocimos. Para Enzo en realidad *siempre hay algún motivo para ser rebelde*. Con esta frase él pone en tensión dos ideas centrales en la cuestión. ¿Los jóvenes desobedecen simplemente a la regulación que se propone en las escuelas o reaccionan ante situaciones que no les parecen justas y correctas? Para Enzo, la rebeldía era no hacer caso a la profesora, algo que él trataba de no hacer porque sino en su casa la iba a pasar mal. Pero esa oposición a la autoridad siempre tenía un fundamento. Esos motivos tenían que ver, según Enzo, con la clase de vida que tienen los niños o los jóvenes. Esas discusiones de las normas no eran porque no le importaban sino justamente todo lo contrario. En todo caso, lo que no importan son las normas y las sanciones que, según la perspectiva de los jóvenes, no se mantienen, cambian constantemente en función de problemas que van surgiendo, se adaptan a las situaciones particulares, se van flexibilizando.

En esos amores y odios de Enzo sobre la escuela, hay cuestionamientos a las formas de funcionamiento de las instituciones por las que pasó. Hay defensas de las situaciones que le parecen injustas. Demanda por más y mejor escuela. Pide a sus docentes. Ello en un marco en el que Enzo vive situaciones que le hacen sentir que *nada tiene sentido o*

todo da lo mismo. Enzo ve que hay mucha gente que la pasa mal desde chico porque le faltaron los padres, porque no tuvo para comer, porque nadie los escuchó. Tal como fue su propia historia. Y si bien para él muchas veces todo depende de uno, inmediatamente cree que hay que asociarse. Estar junto a otros. Hacer alianzas. Tal como lo fue haciendo él durante estos largos años de escolaridad.

No es lo mismo estar solo que estar con otros. No es lo mismo que haya alguien o no haya nadie. Cree que esas condiciones se pueden mejorar junto con otros. Así lo que buscan los jóvenes, lo que busca Enzo, es llamar la atención de alguna forma, que les presten atención porque, ante ese *nada tiene sentido*, ellos otorgan sentidos y significados. *Asociarse con gente* es darle sentido a la vida. Enzo también se asocia y da sentido a su vida con quienes fueron sus profesores en la escuela primaria, en la secundaria y, aunque más difícil, en la universidad.

Esos profesores que fueron como padres

A falta de referentes en casa, Enzo fue buscando (y encontrando) en las aulas distintas voces que le sirvieron de guía, de referencia. Respetó y se llevó bien con sus maestras y con sus profesores, tanto en los ámbitos más formales como también en algunos talleres a los que pudo ir gracias a la financiación de Eduardo, su padrastró. De todos sacó algo. Se llevó bien con su profesor de dibujo porque era tranquilo y enseñaba más con la palabra que con el pincel. Admiraba a su entrenador de kick boxing porque lo veía sencillo, profesional y podía hablar de varios temas. En la primaria quería escuchar las clases de inglés porque la maestra era disciplinada y se hacía valer. Ya en la secundaria, en la materia Comunicación, encontró una figura de autoridad diferente, que muchas veces se ponía a la par del alumnado. El director de la escuela directamente era como su padre. Enzo nunca les hizo la contra porque le agarraba como un calor interno cada vez que discutía con alguno. Siempre fue así. Hasta que ingresó a la universidad, ahí cambió un poco. De pequeño, gracias a un contacto de su padrastró, Enzo estudió dibujo con un profesor cerca de su casa. Recuerda que era crítico en bellas artes. No había más compañeros, eran clases individuales. En su compañía, sentía que podía relajarse y concentrarse en algo nuevo. Era como si al fin todo lo que le pasaba a su alrededor no existiera por un rato. Dibujar no equivalía únicamente a diversión, también era un espacio de evasión, de una realidad acotada, focalizada, concentrada en la hoja, los materiales, la intención y la técnica para llegar a una idea, un objetivo. Mientras sucedía todo eso, ya no importaba tanto aquello que no tenía, que era casi todo: celular, video juegos, libros, revistas, patineta, juegos de mesa. Si podía dibujar, entonces lo hacía, una y otra vez. Con la voz del profe en la mente. A través de ese escape aprendió a ser aplicado, detallista. Intentaba mantener esas características en las otras tareas que tenía.

El profesor tenía un estudio y cuando él llegaba siempre le ofrecía algo de tomar. Esa invitación era peculiar para Enzo porque nadie le ofrecía nunca nada. Ese gesto era como una bienvenida. No se sentaban juntos, es más, él casi no agarraba los materiales. El diálogo era parte central del aprendizaje. Mientras el profesor le hablaba, Enzo sentía que le estaba enseñando. Jamás lo corregía sino que lo ayudaba a mejorar con consejos, técnicas y con distintas formas de organización que le fue explicando. Ese tipo de intervención personalizada, no invasiva, paciente y siempre con un dejo de aliento, a Enzo le iba a quedar por siempre. Recuerda ese gran primer maestro como tranquilo, pacífico y con la palabra precisa. Dibujar era un saber importante para él, le permitía acceder a otra dimensión, la de la tranquilidad. Ese mundo que siempre va a anhelar y al que siempre se va a querer escapar.

Así se interesó en retratismo y aprendió mucho. Dibujó a Maradona, Messi, el Che Guevara, John Lennon. También hizo muchos autoretratos y ese ejercicio le resultó más reflexivo de lo que se había imaginado. Pasaba largos ratos frente a un espejo, mirándose la boca, los ojos, el gesto del labio, para dibujarse una y otra vez. La relación se cortó cuando el profesor debió mudarse, la transferencia con el alumno parece intacta.

Si bien todas las clases le gustaban, de su escuela primaria [12] Enzo tenía especiales ganas de estar en la de inglés. Le gustaba la forma en que la profesora daba la materia, además la veía responsable, comprometida, valores que siempre pondera e intenta sostener. No sería descabellado sospechar que la *teacher* enamoró a un joven Enzo. La describe rubia, petisa, bonita y “muy soldadita, se ataba el pelo y tenía un tono inglés británico que estaba bueno”. Pero a Enzo lo que más le gustaba era que ella había pedido especialmente que Hugo Guevara no participara de sus clases. La profesora no podía con él dentro del aula así que pedía que se fuera. A diferencia del resto de los docentes, se plantó ante el director y él tuvo que darle la razón. Hugo le había faltado el respeto a ella, como lo hizo con cada persona que se puso al frente del aula. La profesora no podía creer lo que decía Hugo, hasta que no aguantó y dijo él o yo. Otros docentes preferían aguantarse el mal trato de Hugo porque no querían llamar al director. En estas tensiones y en las difíciles decisiones que trae Enzo, se juegan cotidianamente las posibilidades de inclusión en las escuelas. Sobre todo con situaciones como la de Hugo en la que no hay nada que acompañe, sólo está la escuela.

Ya en la escuela secundaria, Enzo recuerda la compañía de un profesor con el que tenían tres veces por semana la orientación de comunicación casi en horario completo. Dictaba también varias materias y por eso tenían muchas horas con él. Era casi como un maestro de escuela primaria. Al igual que la *teacher*, era temperamental, con carácter. Los trataba con respeto pero no tenía problemas en retarlos. Recuerda las charlas con ese profesor en los recreos. Podía separar el juego del estudio, notar cuándo estaban cansados para darles un recreo en medio de la clase. Eso para Enzo era genial. Le daban ganas de asociarse con el profesor. Y cuando él, la autoridad, decía “a estudiar”, no le molestaba.

A Enzo, no le gustaban los profesores que no se asociaban con ellos o que eran excesivamente estrictos. Creía que no generaban un clima en el que se pudieran compartir cosas, en el que se lograra hablar. Con algunos profesores, Enzo se quedaba callado. No levantaba la mano, no leía, no todo, como hacían tantos otros compañeros. ¿Por qué mis compañeros eran callados con algún profesor y con otros jodían y hablaban un montón de cosas? Hasta el día de hoy Enzo se repite esa pregunta y la respuesta, cree, tiene que ver con el docente. Él no se pregunta por la política educativa o por las reformas, por las condiciones de trabajo, pero cree que la mayoría de los profesores que tuvo en la escuela secundaria fueron muy buenos.

Hablar con sus profesores, para Enzo, posibilitaba determinadas situaciones que podían hacer al interior de la escuela y, también, dentro del aula. Hablar sobre distintos temas que pudieran ser importantes a la hora de considerar el proceso de enseñanza y aprendizaje puede ayudar a dar comprensión sobre por qué un estudiante tiene mayores o menores dificultades en ese proceso con el conocimiento, pero, también, por qué los estudiantes tienen más o menos posibilidades de poner en juego reacciones de diferentes intensidades en el aula (Langer, 2017).

Quizás, uno de los indicadores más importantes para pensar los lazos de confianza entre estudiantes y docentes es aquello sobre lo que conversan cotidianamente en el aula. Enzo, al igual que muchos de sus compañeros, hablaba mucho con los adultos de su escuela. Sobre las cosas que pasan en el país o en el barrio, sobre las noticias de la televisión, sobre qué van a hacer cuando terminen la escuela, sobre cómo les va en el estudio, qué pasa en el aula, qué les gusta o no de la escuela, sobre drogas, alcohol, sexualidad, problemas personales. Pero Enzo no pudo decirle a nadie que se había ido de su casa. Sentía que el diálogo

estaba abierto, que podía hablar con los adultos, pero muchos de esos silencios que para Enzo se manifestaban en la escuela los significaba como profundos gritos por la desesperanza. Él, en distintas actividades escolares, hablaba de silencios que gritan. Cuando a Enzo se le daba lugar y espacio, no sólo no se callaba sino que convertía esos silencios en gritos esperanzadores, podía hablar, contar y relatar las injusticias que vivía cotidianamente.

Enzo ubica sus condiciones de existencia y sus problemas en la escuela. Pero ello no significa para él que ese profesor que rescata y que recuerda necesitaba saber exactamente esa condición. Dialogar y hablar entre los estudiantes y los docentes implica la posibilidad de que se puedan conocer, saber quiénes son, dónde, con quién y cómo viven. ¿Es posible enseñar sin ese diálogo?, ¿desconociendo el contexto y la realidad de Enzo? La máxima de “conocer al alumno”, dicen Antelo y Abramowski (2000), hace del profesor alguien que siempre sabe demasiado poco sobre sus alumnos porque pareciera que la cuestión pasara por buscar el modo de apropiarse de cierto saber sobre la persona del alumno, de hecho “saber sobre el alumno no es condición necesaria para enseñar. () Mientras más conoce a los alumnos, menos les enseña” (Antelo y Abramowski, 2000: 87). Ahora bien, es importante tener en cuenta que el saber sobre el alumno fue una condición más que las reformas educativas, desde fines del siglo XX, les impusieron a las escuelas y a los docentes para que puedan enseñar flexiblemente, a cada uno lo que puede. También, hay que considerar que se pide a los docentes que conozcan y sepan de sus estudiantes cuando, quizás, trabajan con distintos cursos de diferentes escuelas en todos los turnos. A los docentes se les exige, además de enseñar, acompañar, contener y conocer en un momento en el que sus condiciones laborales siempre empeoran cada vez un poco más. Las brechas económicas y culturales entre docentes y estudiantes, que hace algunas décadas existían en la escuela secundaria, se fueron achicando.

De hecho, Enzo recuerda que para el director de la secundaria era complicado lidiar con todo y además con todos sus compañeros. Lo veía cansado porque tenía problemas de todo tipo y todos los días. Entraba al aula con cara de agotado. Al igual que otros profesores que tuvo, recuerda que siempre andaban cargados con todos los materiales para enseñar y muchos se quejaban de los dolores corporales. Recuerda una profesora que utilizaba un changuito de compras para cargar todo

e igualmente llegaba retrasada porque venía de otra escuela y el colectivo siempre demoraba. Así y todo, para él, ese director fue una figura muy importante. Algunos de sus compañeros lo ponían a la altura de un padre. De hecho algunos no tenían papá y él mostraba una figura que les permitía a los chicos quedarse en la escuela. Tanto es así, que el director entendió una situación que protagonizó Enzo y no lo expulsó.

Fue la primera y la última vez que Enzo tuvo un problema de conducta. Se peleó físicamente en la esquina del colegio. Enzo cree que la mayoría de los que se agarran a las piñas son pibes que no les importa si terminan bien o mal o que buscan problemas. En cambio, Enzo nunca buscó quilombos, no quería pelearse con nadie. Pero lo buscaron y lo buscaron hasta que lo encontraron. No le quedó otra. El compañero pasó por al lado y le dijo: “Si no te paras de manos en la esquina, te va a caer el arrebato”. La amenaza hizo efecto en Enzo. Cuando llegó a la esquina, había un círculo de chicos. En una especie de ring. El dilema de seguir sin hacer nada y que lo vuelvan a buscar o hacer algo para que termine, lo resolvió rápidamente. Es más, casi no lo pensó. Y atacó. Enzo ya estaba entrenando kick boxing, así que su compañero no terminó muy bien. Desplazamiento de rótula, dijeron los médicos. Enzo se arrepiente, pero sabe que tampoco le quedaba otra chance.

El director entendió la situación más allá de que dudó por una serie de videos que circularon. Él lo conocía, nunca había tenido otro problema. Le dijo que no lo iba a echar, pero sí que lo tenía que suspender porque la madre del otro chico, sino, se iba a enfurecer aún más. Tuvo que hacerlo y él lo comprendió. Enzo comprendió al director. También su madre, que ese día lo acompañó para aclarar la situación con el director y al final casi se pelea con un amigo del chico que terminó con la rótula desplazada.

Con el paso de los años, Enzo valora especialmente a esos docentes que comprendían, que lo entendían, que podían ponerse en su lugar. Aun cuando veía que iban cansados, intentaban dejar sus problemas en la puerta del aula. Ese agotamiento que si bien es un agotar los posibles, que agotó el mundo y se agotó a sí mismo (Pál Pelbart, 2009), en realidad es, justamente, una manera de describir esta época y pensarla en torno a recuerdos que se dirimen entre el terreno de la angustia, los miedos o lo intolerable y el de las posibilidades o de las esperanzas, tanto de Enzo, de sus compañeros, como de sus docentes.

Enzo problematiza la propia existencia cuando se refiere al agotamiento de sus docentes de la escuela secundaria. En todo caso, es

fundamental pensar esas formas en que esos miedos y angustias se procesan en la cotidianidad escolar y en los sentidos que los profesores de Enzo expresan esperanza para quebrar los destinos inexorables en contextos de pobreza urbana. Esos miedos liberan, siguiendo a Reguillo (2000), un tipo de energía que tiende a constituir una defensa frente a la amenaza percibida, reaccionan ante esas amenazas a través de esperanzas diferenciales en los sujetos. Por tanto, no hay miedo sin esperanza, ni esperanza sin miedo (Useche Aldana, 2012). De hecho, ya Spinoza (1980) había definido el miedo en relación con la esperanza. Sin duda, los sujetos en condición de pobreza enfrentan las humillaciones en las que viven (Benjamin, 1987). En este sentido, los miedos no son solamente una forma de sentir y hablar sobre el mundo, son además una forma de actuar (Reguillo 2000) porque a cada miedo se producen unas respuestas. A través de los miedos, la población actúa con cautela en su futuro y aferrados a signos del pasado (Salazar Pérez, 2011).

De hecho, Enzo en la secundaria y hasta la universidad no tuvo problemas con sus profesores. Con excepción de una. Era de matemáticas. Llegaba al aula y se sentaba en el escritorio a leer revistas. Anotaba ejercicios en el pizarrón y pretendía que los hicieran. Si le preguntaban algo, se ofendía. Para Enzo exigía demasiado para lo poco que daba. A él no le gustaba que le pidan tanto sin tener la contraparte de la otra persona. En este caso, la enseñanza de la profesora. Enzo quería aprender pero ella no explicaba. Enzo estaba en un momento de su vida que ya no se callaba nada. Asumió la voz. Le pidió de buena forma y varias veces que era necesario esa enseñanza. Ella respondió tomando un examen como castigo de ese pedido. El resultado es que reprobaron todos. Enzo ya no habló más. La filmó. Quería mostrar que no era justo, que ahí no había nadie enseñando. Enzo no tenía miedo de enfrentarse con ella. Estaba convencido que exigía a un nivel que no les enseñaba. Creía que era una ofensa a todo el grupo. Le mostró el video al director y él habló con la profesora para que vuelva atrás con reprobar a todos. Enzo cree que a la profesora le quedó rencor contra él. No le importa demasiado, siente que le dió una lección y que la disciplinó. Fue la única vez que tuvo un enfrentamiento con una profesora hasta llegar a la universidad.

Si bien él trató siempre de llevarse bien con todos los profesores, en Enzo encontramos una crítica a la escuela moderna. Él no creía que se pudiera enseñar todo a todas las personas de una determinada manera. A Enzo no le gustaba cómo dictaban sus clases algunos docentes por-

que se aburría, porque hablaban sin mirar a los alumnos, porque no le parecía significativo, porque creía que se podían hacer otras cosas, tal vez más participativas, en esas materias. Con algunos otros profesores que eran estrictos o irrespetuosos no le daban ganas de hacer nada. O lo hacía por obligación. A veces hasta le daba pena porque algunos hablaban, hablaban y nadie les prestaban atención. Enzo, piadoso, se quedaba mirando para que ese profesor o esa profesora pensara que alguien sí lo o la escuchaba. Decía que al hablar tanto, lo que el profesor o la profesora producían era que todos comenzaran a dormirse, a cabecear.

Frente a esas situaciones que parecen tan ajenas o injustas, carga de sentido muchas de las condiciones vividas en la escuela. Expresa todo ese malestar por estar o vivir en el margen y recupera el sentido del encuentro diario con sus pares y significa los contenidos mediante formas propias donde emprendía conjuntamente el aprendizaje y la interpretación de los discursos de los docentes en el aula. Fueron esas interacciones las que ayudaron a comprender, muchas veces, aquello que los docentes le decían o enseñaban. Incluso si Enzo tenía un nudo en la garganta o quería llorar por su situación o por cualquier otra cosa. Quizás en esas interacciones que habla Enzo, *relacionarse con otros* para enseñar o aprender algo, supone la posibilidad de aprender de alguna forma posible aun cuando Enzo tenía ese *nudo* y no quería o no podía hablarlo.

La escuela algo tuvo que ver con la transformación de Enzo. En su cuerpo, en su personalidad, en su forma de ser. Los profesores lo acompañaron, lo apoyaron, lo contuvieron aún sin saber todo lo que le pasaba. Quizás, la escuela primero lo contuvo afectivamente y luego le enseñó. O al revés. Quién sabe, qué importa. Enzo se encontró con esos docentes y allí se posibilitó la generación de conocimiento aún a pesar de todas las dificultades de su vida cotidiana. Dio sentido no sólo al contenido que le transmitieron sino al de su propia vida. Algo la escuela tuvo que ver con que Enzo pueda creer en que algo podía mejorar de su vida, repetía el director.

Ninguna dificultad que pudo atravesar durante el secundario, está a la altura de la exigencia de la universidad. Fue como chocar contra una pared de conocimiento que se suponía que debía saber de antes, describió Enzo. Pero muchas de esas lecturas no las tenía. Por eso, cuando empezó a cursar tuvo que dejar otras actividades, como las salidas con

amigos, el entrenamiento de kick boxing, también tuvo que buscar trabajos que le permitieran seguir cursando.

Enzo tuvo algunas malas experiencias con los profesores en la universidad y sobre todo con hablar en público. La última exposición que tuvo que hacer arrancó mal: su compañero se ausentó sin previo aviso. No tuvo más remedio que exponer solo. Ahí empezaron los problemas técnicos con la computadora. Enzo había llevado el power point pero no tenía cómo proyectarlo porque el proyector no encajaba en la computadora que tenía. La profesora empezó a impacientarse y le dijo que era una falta de respeto para todos porque les hacía perder tiempo. Enzo se sintió mal, se enojó, empezó a sentir ese calor interno que le aparece durante las broncas. Como no le funcionó el power point, utilizó el pizarrón. Luego quiso mostrar la tablet para que sus compañeros vieran pero tampoco pudo. Nadie lo ayudó. Ni sus compañeros ni la profesora. Sentía que no hablaba fluidamente, que se estaba esforzando pero la profesora se hartó y le echó la culpa. El monólogo interior no era alentador. Discutieron y se tuvo que ir a sentar. Le dijo que expusiera de nuevo la clase siguiente. Vivió ese rato de una manera intensa, le temblaba todo el cuerpo de los nervios. Pensó que ya nada lo afectaba, pero cuando Enzo volvió a ver una injusticia a su alrededor, la bronca y el enojo lo invadieron. Nuevamente estaba atravesado por un silencio. Como ese silencio que gritaba en su escuela, pero ahora estaba sólo. Se preparó mejor y luego aprobó. Su compañero de exposición nunca más apareció. Luego, hablando con una compañera, le dijo que ella se hubiese puesto a llorar en su lugar.

En la universidad, aún hoy, Enzo sigue lidiando con la duda de si es mejor permanecer callado o comentar algo, intentar que no le echen la culpa o que le suba el calor por rebelarse ante lo injusto. Levantar la mano y que lo escuchen todos, una práctica habitual en el nivel superior, para él aún hoy es imposible de realizar. Piensa mucho y repasa mentalmente lo que va a decir antes de abrir la boca en clase. Cree que ése es uno de los errores que tiene como alumno. Intenta practicar la oralidad en otros lados para luego intentarlo en la universidad, pero le resulta difícil. Por ejemplo, en el gimnasio lidia con todo tipo de personas y de formas de comprensión, más la dificultad del ruido y la música, se ve obligado a hablar de diferentes maneras. En el gimnasio tiene que interactuar con gente que conoce, con gente nueva, con los más entusiastas, con quienes hay que alentar y acon-

sejar para que musculen. Así, fue aprendiendo algunos recursos, como levantar el tono de voz y enfatizar cuando es necesario. Pero en la universidad el sonido ambiente es distinto, se escucha todo. Y lo que hay que decir es algo que tenga sentido. Aún hoy Enzo habla en clase menos de lo que le gustaría, se queda con ganas de contestar algo o de aportar. Quedó vulnerable de esa vez que pasó al frente y su compañero lo abandonó. Siente que lo pueden criticar por cualquier cosa, tanto los docentes como sus compañeros y también cree que hay una distancia con unos y con otros. A veces el prejuicio le juega una mala pasada y se la agarra (internamente) con los que se hacen los eruditos cuando están en el aula pero cuando están intercambiando fuera del aula fingen no saber nada. Los profesores, más distantes, ya no contienen ni dan afecto. Como hizo en cada ámbito, sigue dispuesto a entregarse al docente que pueda guiarlo durante el camino que le falta hasta llegar a recibirse, pero tal vez esa figura ya no exista en el ámbito universitario.

La salida de la escuela y las frustraciones de no conseguir trabajo

Enzo pensó que al terminar la escuela le iban a dar un trabajo. Su inocencia era tal que creía que los responsables de asignar puestos eran los profesores. Esas ideas ingenuas tropezaron con los cambios constantes en la economía del país, el empeoramiento de las condiciones de contratación, el aumento del empleo precario y el fuerte deterioro de los ingresos, por nombrar algunas de las dimensiones que Enzo sufre día a día hace casi diez años. Creció en un barrio y en un contexto social y económico de Argentina de fines del siglo XX y principios del siglo XXI caracterizado por el desempleo, la precarización y el subempleo, la producción de marginados coyunturales, la incertidumbre, la disminución del poder adquisitivo de los salarios, la desigualdad social, el empobrecimiento y la falta de oportunidades para los sujetos en contextos de pobreza urbana. No vive ya en una sociedad salarial sino que sufre una sociedad de desprotección laboral (Castel, 2004). Y ello tiene consecuencias en quién es él, en cómo se relaciona con los demás, cómo forma sus vínculos, cómo vive la posibilidad de seguir estudiando. Según estos relatos, no puede pensar más allá del mañana porque todo es a corto plazo o “nada a largo plazo” (Sennett, 2000: 64). Se frustra, está triste, quiere pero no puede. Esas ideas van conformando parte de su carácter, parte de su vida cotidiana.

Con tan sólo 13 años, Enzo entendió su realidad: estaba solo para casi todo, también para solventar los gastos que costaría esa rebeldía suya de ir a la escuela. No es posible llevar adelante una vida si no hay alguien que la sustente económicamente, aunque sea con lo mínimo. Con la educación sucede lo mismo. La gratuidad de la educación pública no incluye viáticos, libros, fotocopias, cuadernos, cafés, biromes y

tantas cosas más que necesita cualquier estudiante. Si quería estudiar, iba a necesitar algo de plata, eso ya le había pasado durante el tramo del secundario que cursó mientras vivía con su papá. En la familia no había títulos universitarios, ni demasiados contactos que pudieran acercar alguna oportunidad, ni cuentas bancarias para recibir transferencias, ni información sobre planes sociales. El flujo del efectivo era propiamente un misterio que cada uno resolvía como podía. No había un saber técnico que iba pasando de generación en generación ni una profesión que todos alababan, como puede pasar en otras familias (o en otras esferas sociales). La mamá de Enzo nunca trabajó, su papá ganaba poco y no le dejaba ni monedas. Tampoco le podía pedir a su hermana o a su padrastro para los materiales o los viáticos. Enzo estaba cansado de no tener plata, harto de mirar la vidriera del lado de afuera, de caminar para no pagar boleto, de tener hambre. Ya no soportaba depender de adultos que tampoco tenían nunca un peso. Nadie a su alrededor tenía demasiado. De sus amigos o familiares, el que no hacía changas acababa de perder un trabajo, o faltaba que le pagaran una parte de un sueldo, o de una indemnización, o tenía algún problema similar. La estabilidad era esquiva para casi cualquiera en Villa Hidalgo. Un primo, Miguel, vino de Corrientes y tuvo suerte. Tendría 22 años y Enzo lo recuerda bien inocente, a tal punto que le habían dejado la misión de avivarlo un poco, de explicarle cómo moverse, porque ya le habían robado en uno de sus primeros días en la ciudad. Poco después Miguel consiguió un puesto en la mueblería en la que ya habían trabajado el papá y el hermano de Enzo. Ellos le habían pasado el dato. Enzo tenía 13 años y bastante tiempo libre. Le dijo a su primo que preguntara si podía ir él también. El dueño dijo que sí, que podía trabajar, pero iba a tener que entrar muy temprano para que nadie lo viera. Tan temprano como las seis de la mañana. Enzo dijo que sí. Todos los días a las seis estaba ahí, igual que Miguel y que otros muchachos. Pasaban de a uno por una puertita angosta. En la mueblería, como en su casa, hacía de todo y también lo que no querían hacer los demás (y se lo dejaban a él porque era el más chico). Gracias a que un tío le había enseñado, sabía usar el torno y algunas herramientas más, así que a veces también le daban tarea en el taller de la mueblería. Perfeccionó su técnica y aprendió de sus compañeros. No parecía ser el trabajo soñado ni mucho menos pero en poco tiempo su situación económica pasó a ser mejor que la de su padre, que le empezó a pedir plata. Y Enzo le daba, sin rencores, aunque con incomodidad. Se

daba cuenta de que la relación estaba al revés pero no podía hacer nada por volver a darla vuelta.

Aunque se pasó casi la vida entera renegando contra las injusticias del mercado del trabajo, Enzo conoce las reglas perfectamente. Y sabe que los patrones, una y otra vez, van a querer explotar su capacidad, su juventud, su necesidad. Muchas horas, poco sueldo, en definitiva. Él evitó las fábricas todo lo que pudo, tampoco quiso ir a los talleres. No veía progreso desde ahí y, encima, los malos tratos eran habituales. Intentaba no generar lazos afectivos con quienes debían pagarle, no les creía el tono paternalista que le ponían en ocasiones. Sabía que, tarde o temprano, iba a llegar el retraso para el pago (en negro). Enzo cree que, para ellos, da casi igual si el que trabaja es él u otro. Pero a él no le da igual cualquier trabajo. Y para eso, para no ser explotado, el estudio es su gran aliado, su esperanza, su salida.

Durante sexto año del secundario ya se preguntaba cómo iba a financiar la carrera que empezaría el año siguiente. Mientras sus compañeros se divertían, Enzo comenzaba a hacerse a sí mismo como estudiante. Rituales, música de fondo, infusiones, códigos con colores fluorescentes, todo aquello que suele hacer el alumnado para subrayar y aprender le era desconocido. Si lograba un rato de tranquilidad para leer, lo más probable era que apareciera alguna pregunta, un concepto que no entendía, una referencia o la necesidad de un autor nuevo. No tenía a quién preguntarle nada porque en su casa, si había alguien, todos sabían menos que él. No había más remedio que ir al cyber, pero no tenía plata para pagar la fracción mínima (15 minutos). La única salida para pagar era pidiéndole prestado a su mamá, pero él no quería deberle favores. Era insoportable ese círculo vicioso que lo alejaba del estudio y al mismo tiempo le volvía a mostrar sus dificultades.

Cierta estabilidad económica llegó gracias a su ingreso a McDonald's. A los 17 años tuvo la primera entrevista en un lugar de capital al que nunca había ido y al que le costó llegar. Pero lo hizo. Y puntualmente, como él quería. Dio una buena imagen, lo volvieron a llamar y avanzaron con los papeles. Le dijeron que para el contrato iba a necesitar de la compañía de un tutor. No logró que lo acompañaran ni su mamá ni su papá. Fue solo a la reunión en la que lo felicitaron y lo sumaron a la familia feliz de Ronald. Su primera jornada de trabajo fue un sábado. El local estaba lleno, los pedidos caían uno detrás de otro. Enzo se puso nervioso y rozó una plancha que estaba a 375°. Fue apenas un instante

pero alcanzó para quemarle parte de la mano. Lo mandaron a la ART que, por cierto, le quedaba excesivamente lejos de su casa. Tardó más de un mes en reincorporarse. La voz autocrítica de Enzo tuvo bastante que decir durante esos más de 30 días de reposo.

Al volver le pidieron que tenga sumo cuidado. Lo tuvieron por bastante tiempo bien lejos de las parrillas. Una vez que dejó atrás ese accidente, debió lidiar con la flexibilidad de los horarios, que a veces amenazaba con superponerse con la cursada. En el trabajo, en general, le tocaba el turno de 12 a 16, porque más de seis horas no se podía trabajar de corrido. Pero a veces lo llamaban para cubrir un turno de noche. Enzo estaba haciendo el curso preparatorio en la universidad. Cursaba dos materias: metodología de estudio y matemática. Ambas de 18 a 22 horas. Casi siempre llegaba perfecto a la universidad pero algunos días se le complicaba. Pagando derecho de piso, con buenos desempeños y mucho diálogo con los supervisores, logró que le dieran importancia a su carrera. Lo valoraban y no le ocupaban la franja en la que tenía que cursar. También se acomodaba los días de estudio para los exámenes. Enzo cumplía pero se aburría de hacer siempre lo mismo.

Aparte, le resultaban ridículos algunos códigos laborales, como responder “ok, gracias”, a cada instrucción que le daba un superior, o que se hablara de *crew* y no de equipo de trabajo. Le resultaba ridícula la competencia, las burlas y el clima hostil. Nadie lo ayudó, como a ninguno de los que entran y son nuevos. Pero él se plantó para que lo respetaran. Solo trabajaba y no le importaba todo el resto. Al final, volvió a la parrilla y terminó siendo el más estable de la *crew* en ese puesto.

Inicialmente, cualquier ingreso mayor a cero era bueno pero después de un año y medio “ya había negreado mucho”, recuerda él. El conocimiento que iba sumando en la universidad no le ayudaba en nada porque seguía haciendo las mismas tareas de mantenimiento y en la cocina que cuando recién había empezado. En su última etapa, trabajaba solamente los fines de semana y ganaba 500 pesos. Le resultaba poco. Finalmente, fueron 15 meses, 15 sueldos, tres cuatrimestres de la universidad. Estudiaba y trabajaba, como tantos de sus compañeros. La voluntad y la energía eran tan grandes que nunca se sentía del todo despierto para leer un apunte ni tampoco en el local.

Para completar el sueldo, por las noches trabajaba haciendo *delivery* en una pizzería. Cada vez ocupaba más horas en el trabajo y eso no sólo le quitaba cantidad de horas de estudio sino que alejaba

a la universidad como referencia. Cuanto más tiempo se pasaba en la institución, aunque sea en el bar, en los pasillos, mejor se conocen sus resortes, su gente, sus códigos. Enzo estaba lejos de todo eso porque estaba demasiado ocupado en el trabajo. Esa tendencia se profundizaría en los meses siguientes.

Al lado de la pizzería vivía un chico que Enzo conocía de vista. Se saludaban todos los días, todo piola. Enzo notaba que él se iba a dormir temprano y después se enteró que se despertaba antes de las 6 para ir a trabajar en una mantelería en Martínez. Una noche Enzo le pidió que le avisara a su jefe que él también estaba disponible. Al día siguiente, el vecino trajo la respuesta del dueño: "Vení a probar unos días". Enzo no volvió más a McDonald's. Cambió de vida, de rutina, de compañeros, de un día para el otro. Eran muchas horas más de trabajo y también mucho mejor el sueldo.

Arrancaba a las 6 y se suponía que terminaba a las 14. Pero a las 14 nadie se iba. Tampoco a las 16, recién a las 18 algunos empezaban a juntar sus cosas. Enzo esperaba cada día que se acercara su jefe y le dijera que ya era suficiente, que se podía ir. Una vez trabajó hasta las 23. Se suponía que cuando terminara la temporada, las cosas se iban a acomodar y las jornadas se iban a acortar. Eso nunca pasó. Obviamente vivía agotado. Intentaba leer algunos apuntes cuando volvía a su casa pero se quedaba dormido rápidamente. Todo el mundo universitario empezó a quedarle cada vez más lejos. Casi no se relacionaba con sus compañeros de estudio, sino que pasaba los días enteros con los de la mantelería, casi todos inmigrantes de Perú y Bolivia, también necesitados de un ingreso fijo y quizás por eso no levantaban su voz ante las jornadas eternas. Vivió en carne propia la flexibilidad y precariedad laboral que se inscribe como un modo de dominación (Bourdieu, 1999), que se basa en la institución de un estado permanente de inseguridad que tiende a obligar a Enzo a la sumisión y, muchas veces, a la aceptación de la explotación, como fue éste trabajo en la mantelería. Pero Enzo no quería quedarse callado, fue y les dijo a sus jefes que él a las 18 tenía que estar en la universidad. Ellos lo aceptaron y durante un tiempo fue el primero en irse. Con el correr de los meses, esa luz verde que le habían dado se fue apagando, creció la tensión en la mantelería y, finalmente, acordó su desvinculación. Con la plata de la indemnización se compró una moto porque pensó que era mejor invertirla en algo que guardarla como un ahorro.

No le faltó disciplina ni entusiasmo ante cada propuesta laboral que tuvo por delante. Respetó a sus jefes y a sus compañeros, intentó llegar puntualmente aunque, claro, siempre existe el riesgo de alguna demora cuando hay que hacer varios viajes o caminar mucho. En realidad, las dificultades que enfrenta Enzo en el ámbito laboral comienzan mucho antes de cargar la SUBE para ir a trabajar. Pese a que ya lo redactó varias veces, el armado del CV no deja de ser un problema hasta el día de hoy. En una sola hoja, dos, como máximo, tiene que reforzar virtudes, esconder lo que no le da tanto orgullo, mencionar gente que lo pueda recomendar. Quizás, la frustración laboral comienza en esa formalidad y funciona todos y cada uno de los días. Hace poco estuvo cerca de empezar a trabajar en una estación de servicio. Parecía que estaba todo cerrado, incluso hizo el test preocupacional y hasta un entrenamiento. A último momento se pinchó, no es la primera vez que una oportunidad se evapora frente a sus ojos. Hablar con los jefes o el departamento de recursos humanos no es algo que lo inquiete ya. Considera que a quienes lo entrevistan no les importa su situación ni sus ilusiones, nada. Le dicen que lo van a llamar y nunca lo hacen. Le avisan que va a ingresar a una empresa y al final no entra. Le informan que hay una vacante pero al final quien estaba de licencia volvió y se esfumó esa posibilidad. Lo bajan a Enzo de un gomerazo, como si nada. Él vive y sufre esa flexibilización y precarización. Los jefes, tal como los nombra Enzo, adecuan las plantillas de trabajo a los vaivenes de la demanda de sus productos, lo cual conlleva no sólo a la reducción de los salarios reales de los trabajadores sino, también, al aumento de los despidos en los momentos recesivos. Esa estación de servicio en la que estuvo a punto de trabajar, pero al final no, quedaba enfrente de la facultad en la que cursa. La ventaja de ese empleo no era sólo simbólica, era una oportunidad también para poder terminar de estudiar.

Enzo se sabe un “supernumerario” (Castel, 1996) y se frustra continuamente con ello. Aun así no se rinde y apuesta a conseguir trabajo y a seguir estudiando. Siempre dice, y lo cree, que hay que estudiar para tener un laburo estable. Para Enzo, para vivir bien no hay que tener patrón. “Tenés que ser vos, tenés que tener una profesión. Y vos crear la plata. En la fábrica te tratan para el orto, te dicen que esto va acá, que esto va allá. ¿De qué te sirve eso? Eso no te sirve de nada”, dice él. La educación en la escuela secundaria, como lo señala Enzo, es necesaria aún a riesgo de que en una fábrica no hay posibilidades de crecimiento

ni estabilidad. No es el consejo de un amigo sino que es la sociedad de empresa (Foucault, 2007) o la sociedad de gerenciamiento (Grinberg, 2008), en su expresión más directa y cruel que le dice a Enzo “tenés que ser vos” o “tenés que tener una profesión” para poder vivir ya que no se puede vivir de la fábrica.

Si hay algo que hizo Enzo fue intentar ser él desde pequeño, y para eso debió entrar tempranamente al mercado laboral. A los 13 trabajó escondido en una mueblería, a los 16 años se convirtió en repartidor y también hacía la limpieza del lugar. Ya con 18 ingresó en una de las cadenas de hamburguesas más famosas, luego desembarcó en una mantería donde el trabajo era inhumano. Trabajaba más de doce horas por día y casi que no le quedaba tiempo para ir a la universidad, ni para ninguna otra cosa. Casi como un factor suerte y algún que otro contacto con sus profesores de la escuela secundaria, a sus 19 años llegó su primer gran trabajo. Fue nombrado encargado de administración de documentos de exportación y permisos, así como de reorganización de archivos y documentos de exportación en área de lácteos, carne vacuna y trigo del Ministerio de Economía.

Para llegar hasta allí desde José León Suárez, se tomaba al principio el tren y luego hacía combinaciones de subtes. El viaje largo no opacaba la felicidad que tenía. Algunos compañeros del trabajo, le recomendaron otra combinación y disminuyó algunos minutos. Pero aún así, salía de la casa de su mamá y tenía que caminar bastantes cuadras hasta el primer colectivo que pasaba por el barrio y de ahí iba a la estación de Suárez, de allí a retiro y luego un último colectivo hasta la oficina. En esos trayectos y en algún descanso luego de la comida, conoció Plaza de Mayo. Sólo la había visto por las noticias. Estaba en ese mundo que había visto en películas, en el mundo de las personas de trajes con trabajos importantes. Estaba rodeado de abogados o de economistas, de profesionales altamente capacitados. Su sueño era realidad.

Enzo salía de su barrio ya cambiado para el trabajo. Por las calles de siempre, iba con camisa, pantalón de vestir y zapatos. Sentía que las personas lo miraban, algunas le llegaron a preguntar dónde trabajaba y se asombraban al escuchar la respuesta. A él le encantaba decir la palabra “ministerio”. Los meses que duró la experiencia significaron un subidón para su autoestima, y eso que no ganaba lo suficiente. El orgullo que sentía y el gusto por el trabajo eran más importantes que la poca plata que recibía.

Sus tareas iniciales fueron quitar ganchos a unas hojas para ordenarlas por sus números según pertenecieran a trigo, carne o lácteos. Le hicieron una primera promesa que fue un desafío para Enzo: si ordenaba y cargaba en un programa informático toda esa información que estaba en papel en toda una habitación entera, la oficina iba a ser suya. Calcula Enzo que había más de 1000 cajas con papeles. Todas llenas. Con un gesto veloz y que se fue automatizando con los meses, pasaba miles de papeles por el código de barras en el noveno piso del ministerio. Mientras lo hacía, una y otra vez, pensaba en que quería tener su propia oficina. Y así fue, obviamente cumplió la meta que le habían puesto. Con el lugar ya ganado, siguió haciendo una tarea muy similar a la anterior. Para Enzo, fue un alivio que cumplieran con la promesa, sentía que podía confiar en sus jefes.

Era la primera vez en su vida laboral que le gustaba mucho su empleo, incluso le encantaba estar allí, compartir tiempo con la gente. Sentía que era el trabajo que siempre debió tener. Sus rasgos de responsabilidad y orden allí se acentuaron. Muchos compañeros le decían que no trabaje tanto, pero Enzo lo hacía porque sentía que quería quedarse por mucho tiempo. Ya no sentía el maltrato de la mantelería o de la hamburguesería. Se relacionaba con todos. Esas personas, para él, eran geniales. Y sobre todo, creía que estaba aprendiendo mucho. Enzo notaba la diferencia con ellos. Para él eran de otra clase social. Pero no le importó porque, a pesar de eso y de que era muy pequeño en edad, se adaptó y lo adaptaron muy bien.

El sueño finalmente duró seis meses. Junto con el cambio de gobierno y del rumbo de las políticas, a Enzo lo despidieron, como a tantos otros. Se desvaneció, así, la posibilidad de salir a pasear por el centro porteño en la hora del almuerzo, se terminó la ficción de la oficina propia y la ropa nueva. Su contrato era de un año, pero duró la mitad. Dijeron que iba a ganar un monto de plata y luego fue la tercera parte. Sólo le depositaron un mes de aportes. Nuevamente, lo rodearon las dudas. De dónde iba a sacar un trabajo nuevo, quién lo iba a contratar.

En medio de esos pensamientos negativos, aceptó una invitación de Eduardo, su padrastro, para acompañarlo en algunos viajes con el camión. Saltó del ministerio al camión directamente. Debían subir mercadería y llevarla a Rosario, San Pedro, San Nicolás. Se encontraban al mediodía, cargaban los pedidos en la fábrica de La Salteña y salían para la ruta. Con suerte, cerca de las 21 estaban llegando a Rosario.

Hacían los repartos y, sin mucha demora, pegaban la vuelta a las 2 de la mañana, o un poco después. Nuevamente, la universidad quedaba lejos de esos horarios imposibles.

Para sumar unos pesos, Eduardo solía hacer alguna changa antes de empezar a trabajar, así que ya venía con cansancio acumulado. Sus siestas al volante eran el peor miedo del copiloto. Eran casi inevitables. Por más mate, charla o música, siempre, en algún momento, cabeceaba en la ruta. Y Enzo temía por sus vidas. Tampoco tenía luces. Por eso, Eduardo había decidido, por lo menos, ponerle neón a la cabina para que los vieran desde afuera. El dueño de la empresa tenía varios camiones, todos en ese estado. A veces Enzo se quedaba dormido y soñaba que el camión se quedaba sin frenos. Todo ese sufrimiento por 300 pesos. No era negocio, por eso aceptó la changa algunas cuantas veces y después juró no volver a subirse allí.

Enzo se encuentra sin salida y solo frente a esta lógica de competencias adoptadas por los lugares en los que busca trabajo. Busca, negocia, insiste individualmente. También aprende y va ganando saberes en soledad. Pareciera que en esta lógica él debe validar permanentemente sus capacidades para acceder a un puesto que lo mantenga tranquilo. Ante este darwinismo, Enzo ya sufría de estrés en quinto año, pero persistió. Trata de construir, sobre la base de esos empleos fugaces, precarios, flexibles, una identidad, una ética, en el mejor de los casos.

Esa flexibilización y precarización que soporta y disimula Enzo, lo agita, lo disloca, lo sujeta, trastoca su vida y, por si fuera poco, lo hace sentir culpable. Siente que fracasa por su propia culpa. Esa incertidumbre lo hace sentir mal. Un poco ansioso, otro poco intolerable. Pero, fundamentalmente, incompleto, descontento, con temor. Ya vivió la pobreza extrema, no quiere volver a experimentarla. El temor de pasar del empleo al desempleo, y viceversa, de un día a otro, expresa un desencanto del mundo que “da forma a la religión nihilista de nuestra época” (Onfray, 2011: 93). Enzo muestra una desesperanza que la gran mayoría de las personas expresan en un repliegue sobre sí mismas.

Enfrenta una y otra vez esas degradaciones cotidianas. La vida se presenta como una incertidumbre pero sus luchas, elecciones y conflictos se convierten en sus principales fuentes diarias (Reguillo, 2012). A raíz de estos procesos de precariedad laboral e indefiniciones, como su necesaria contrapartida, Enzo muestra y ejerce esas indignaciones constantemente. Siente que tiene que saber decir sí para actuar en con-

tra del derrotismo y la resignación. Insistir para seguir, golpe por golpe. Continuar en la búsqueda de trabajo, así como permanecer estudiando. La potencia de Enzo es, justamente, que puede, quiere y de hecho actúa de esas formas. Muestra una “energía deseante” (García Hodgson, 2005: 81) que resiste frente a todos esos males.

Despojado y, en muchos momentos, empobrecido, persevera con energía ante ese estado de cosas. Esta nueva cuestión social, tal como lo nombró López Petit (2009), se llama el malestar. Por ello, esos procesos de precarización e incertidumbre, sin duda, vienen acompañados en la vida de Enzo de nuevas formas de resistir, porque él cree que hay cosas terribles a su alrededor y que tienen que ser combatidas. Enzo, así como miles de jóvenes del conurbano bonaerense, son especialmente sensibles a los síntomas del malestar social, político y laboral. Pero ello, para Enzo, no implica quedarse de brazos cruzados y mirar como la vida va pasando a su alrededor. Con la misma lógica que utilizó al pensar y realizar el autorretrato en la escuela, él insiste, Enzo persiste y se banca cualquier cosa. Quiere salvarse. Buscó y buscó y, al cierre de esta edición, consiguió trabajo en un depósito de neumáticos. Tiene que ordenar, armar pedidos, cargar, descargar. Es un trabajo muy cansador por la cantidad de horas y por el tipo de tarea física que realiza. Las piernas quedan totalmente agotadas, ya no están ni para un partido de fútbol. Pero para Enzo es más cansador no tener nada, no tener ninguna entrada. Mejoraron las condiciones de contratación (está en blanco) y ése fue un factor clave para que él aceptara la oferta. Tiene 23, hace 10 que sufre las exigencias (y abusos) del mercado. Aún le quedan, se imagina, más de 40 por delante. En todo caso, su anhelo, su sueño, es poder trabajar de lo que está estudiando en la universidad. Sabe que es difícil, pero no imposible, lo va a intentar, como hizo siempre. Hoy se levanta a las 7 de la mañana porque entra a las 8 y hasta las 18 está con los neumáticos. Llega un poco tarde a la universidad, una media hora retrasado. Los profesores ya están avisados y lo aceptan. Por primera vez en su historial académico, en medio de todos estos cambios laborales, este año pudo aprobar tres materias en un cuatrimestre sin irse a final.

Estrellarse en soledad con la universidad

En la casa de Enzo nadie tenía la universidad como meta. Ningún familiar había ido, ni había intentado cursar, tampoco nadie había terminado el secundario. No menosprecia a sus parientes por eso, pero los reconoce más ignorantes en el aspecto educativo, aunque esa palabra le suena despectiva. Otra cosa totalmente distinta es lo que sucede en la vida. O bien con los saberes para la vida. En ese terreno, sus padres, sus hermanos, sus tíos son expertos. En su casa se hablaba de otros temas, había otros problemas, otras preocupaciones. Cómo vivir, cómo conseguir alimento, cómo terminar de construir la vivienda. Su madre siempre tuvo la preocupación de no tener plata y tener que darles de comer a Enzo y sus hermanos. Su padre que estaba ausente y tenía trabajo pero que no aportaba. Su padrastro que intentaba levantar una familia ajena. Sus hermanos callejearon desde chicos, su devenir tuvo más que ver con la falta constante de trabajo y la maternidad adolescente.

En los medios de comunicación, a veces también en la literatura o en las películas, se dan a conocer historias emocionantes de personas que persiguieron sus sueños durante años. Obsesionados por un deseo son capaces de saltar las vallas más altas sin perder el impulso en esa larga carrera. Ése no fue el caso de Enzo con la facultad. Lo suyo fue más un pique corto. Si bien el estudio y la formación pasaron a ser uno de sus grandes horizontes, recién al final del secundario Enzo pisó la universidad por primera vez, gracias a una excursión con su escuela. Nadie, hasta ese momento, le había contado ni mostrado ese mundo. No tenía idea que en El juego de la vida el casillero siguiente al secundario podía no ser exclusivamente el trabajo. También estaba el estudio. Desde ese quinto año, Enzo, comenzó a imaginarse estudiando psicología o algo similar. Quería un trabajo, le daba igual cualquiera, lo importante era que le dejara un tiempo para seguir estudiando. La aparición de la facultad

significó el fin de algunas ideas viejas. Rápidamente se dio cuenta que la voluntad iba a ser, otra vez, más grande de lo planeado.

Como con el profesor de dibujo de la infancia o con Rodrigo, el entrenador de *kick*, Enzo se puso en brazos de los docentes para conocer un mundo nuevo. Ellos lo llevaron a hacer un recorrido. Ahí pudo preguntar y averiguar. Recuerda que esa primera vez los llevaron a comer al buffet. Todo le resultaba enorme. Era un mundo desconocido y estimulante. No estaba acostumbrado a dimensiones tan grandes (y él, tan chiquito). No sabía que existían tantos edificios. Veía a toda la gente que iba y venía, algunos con mate, otros estudiando en medio del pasto. Para él, era más o menos, como estar en un set de televisión. No podía dejar de sentirse ajeno, como que nada de eso estaba relacionado con su vida ni su mundo. Pero le gustaba. ¿Cómo podría hacer para volver?

Cuando estaba terminando la escuela Enzo pensaba que ya no quería más estar allí, que estaba cansado y podrido de todo y de todos. Ahora piensa distinto, la extraña. Algunos docentes de la escuela le avisaron que eso podía suceder, ahora se da cuenta que tenían razón. Para Enzo salir de la escuela fue como estrellarse contra una pared. Sobre todo porque tomó la decisión de seguir estudiando. No cambió sus formas. Si era aplicado en la escuela, mucho más lo era ante el desafío nuevo. Tanto en el trabajo como en el estudio, trata de ser organizado, aunque a veces le resulta imposible tanta organización y previsión. Fueron muchas vivencias, muchas decisiones tomadas a temprana edad: irse de su barrio, la frustración de los trabajos, el estudio, y, últimamente, la convivencia con su novia.

Desde antes de comenzar la universidad, Enzo se tomó el ingreso como algo que debía hacer y no tanto como algo que quería. No obstante, trató de estudiar algo que le gustara y le llamara la atención. Nadie lo acompañó a anotarse a la facultad, tampoco recibió el aliento de alguien cuando arrancó la cursada, más allá de algunos de sus profesores de la escuela o algunos de los profesores del taller audiovisual que, también, allí estuvieron durante los primeros momentos. Le mostraron cómo anotarse, qué materias hacer, cómo presentarse a becas de estudio. Para Enzo, ese ingreso fue como un mundo inhóspito, totalmente desconocido y salvaje. Sentía agresividad pero no la podía expresar, estaba solo.

Cuando Enzo comenzó la universidad, su mamá se volvió casi insoportable, se puso más discolorada que nunca. Volvía de cursar como a las once de la noche y nadie lo recibía con la comida, ni con nada,

porque ya estaban todos acostados. Si su mamá lo veía estudiando a la una de la mañana, lo mandaba a dormir. Él apagaba todo y leía con la luz más tenue posible. No quería molestar. Meditabundo y anticipador como siempre lo fue, veía venir que ser estudiante en la universidad no iba a ser tan sencillo. Ni lo es aún hoy.

El ingreso a la universidad tuvo consecuencias en distintos aspectos de la rutina de Enzo, entre ellos, la amistad con Nahuel. Eligieron caminos distintos: Enzo, el estudio, Nahuel, la calle. Enzo veía en él la pena por la muerte de la madre y, a su vez, empezaba a desconocerlo. La relación con la sustancia ya no era recreativa. La casa de Nahuel reflejó el deterioro: se marchitaron las plantas, se secó el pasto, se arruinaron las paredes. A Enzo le dolía esa dejadez, ese lugar había sido un poco suyo también, o, al menos, un bunker donde refugiarse de su familia. Hasta cierto punto, Enzo acompañó a Nahuel a la esquina, y ese quiebre fue la universidad. Cuando comenzó a cursar, empezó a decir que no. Tenía que aprovechar cada hora para dormir o estudiar, no quería perder tiempo con borracheras y charlas sin sentido. No era una idea nueva. Muchas veces se tuvo que quedar en la esquina, más por obligación que por otra cosa. No quería quedar como un amargo. Se aburría y además tenía muchas cosas por hacer. La relación se deterioró aunque Nahuel aún va a la casa de Enzo. La condición de visitante no lo intimida para hacerle chistes y molestarlo. Le dice que se hace el “chico facultad”. Enzo le explica, una y otra vez, y aunque le parezca ridículo volver a tener esa conversación, que para tener un mejor trabajo hay que estudiar.

A su vez, la novia de Enzo y otra amiga de la escuela intentaron comenzar con él la universidad. No estaban preparadas para el choque cultural al que sobrevivió Enzo. No aguantaron más que una semana. Otros amigos también despistaron, cada uno con su excusa, en la primera curva: el curso preparatorio. Que muchos textos, que muy largos, inentendibles. Dijeron que era demasiado, no tenían tanta concentración, ni voluntad, ni ganas. No le encontraban sentido.

Enzo se quedó solo. No le gustó la situación pero le resultaba entendible, como casi todo. Enzo piensa tanto que termina entendiendo a todos. Se iba imaginando que una carrera universitaria implicaba estudiar en serio, pasar horas leyendo fuera de clase. Algo que jamás había hecho, ni siquiera podía copiar, porque no se lo había visto hacer a nadie. Pero nunca creyó que fuera tan radicalmente distinto a su escuela. Sus amigos ni siquiera hicieron una materia de ese curso preparatorio. Con

matemáticas les alcanzó. Fue demasiado para ellos. Y también para él, no pudo aprobar. Él también se asustó. Se estrelló contra una pared de conocimiento que los profesores de la universidad consideran que son básicos, que ya los tienen que saber todos. Pero Enzo no los sabía. Él tuvo que aprender eso básico para entender de qué le estaban hablando.

En ese curso preparatorio pedían trabajos prácticos y él ni siquiera podía escribir un documento en Word. O imprimirlo. En el colegio no le enseñaron esas cosas tan básicas y él tampoco tuvo acceso a ellas. No llegó a que le dieran una netbook de *Conectar igualdad*. En su casa jamás hubo una computadora. Algo sabía hacer con ellas porque en el taller de comunicación las habían utilizado. Pero no era justamente para usar el Word, el Excel o el Power Point. Nunca había aprendido los programas básicos que en la universidad le exigían saber utilizar. Como no tenía compu, tenía que ir a otro lado, como a un cyber, pagar una máquina, pedirle que le enseñe al que atendía el local cómo manejar la computadora e imprimir. Le era difícil hacer todo eso. Entonces muchas veces quedaba en la nada. No preguntaba cómo se hacía y tampoco lo hacía. Le daba vergüenza no saber. Y esa dificultad aparecía en distintos aspectos que le proponía la universidad. Se atrasaba en las lecturas por no tener los conocimientos básicos.

Su mayor desafío fue quedarse sentado y callado, prestar atención. Puede parecer sencillo, pero no lo es. Sentado y callado. Y prestando atención. Eso, para Enzo, ya resultó una novedad y una primera dificultad. Cuántas horas había pasado en el secundario con la mente en blanco, simplemente haciendo la estatua, con la cuenta regresiva en la cabeza. Piloto automático mientras el caos y la burocracia suceden alrededor. En la universidad no había espacio para ese limbo. Enzo quedó solo en la universidad. Aún solo, continúa.

De hecho, la mayoría de las amistades que Enzo hizo en la universidad se acabaron pronto. Si hay algo que él observa y tiene en cuenta centralmente es que la universidad no es un lugar donde se hace el recorrido junto a un grupo fijo de compañeros. Estar junto a otros para Enzo era importante en la escuela. Pero en la universidad eso no sucede. Enzo por momentos no sabe con quién estar ni para dónde ir. Lo siente no sólo distinto al secundario sino mucho más solitario, difícil, individual. En la universidad todo es distinto. Él está más callado porque tuvo malas experiencias con el tema de hablar en público. Teme que lo puedan criticar. Aun así trata de no contagiarse de esa negatividad

que circula con gente prejuiciosa o que para él se manda la parte en la universidad. Nadie le hizo nada, como en la escuela primaria, él no se queja, pero es una sensación que tiene y que la vive todos los días. El recorrido que hace Enzo en la universidad con sus vaivenes laborales y económicos hace más arduo y espinoso el trayecto.

De hecho, por muchos momentos desde que ingresó a la universidad no tenía ni siquiera plata para los textos o para los cuadernos. Enzo aún vivía con su madre en Barrio Nuevo, en una casa que no tenía los espacios necesarios para estudiar. No había computadora, ni internet, ni libros. Los colectivos lo dejaban muy lejos, en la estación de Suárez, y llegaba de medianoche. Tenía 18 años y a pesar de todo lo que le sucedió cuando se fue a vivir con su padre, aún no se acostumbraba a andar solo por allí por esas horas.

Hace poco Enzo se mudó con Bárbara, su novia, a otro barrio. La casa tiene un garage para la moto que se compró con la indemnización de la mueblería y algunos elementos de peluquería de su novia. En el comedor tiene una mesa, sillas, tele y, hace unos meses, también una computadora personal, de prestado. Un profesor que conoció en la secundaria se la dio por un tiempo porque Enzo realmente la necesitaba. Eso le permite poder hacer los trabajos prácticos en su casa a la noche, cuando vuelve del trabajo o de cursar en la universidad. Algo que hasta el momento nunca había tenido como posibilidad. Siempre tuvo que rebuscarse para hacer los ejercicios de las formas menos convencionales, como ir a la universidad en horario del almuerzo del trabajo, quedarse un poco más luego de la cursada, ir a la casa de algún compañero. Los cyber ya casi no existen en su barrio, fueron desapareciendo. Así que esa computadora le permitió un mínimo de estabilidad para poder cumplir con las tareas que se le requieren en cada materia.

La presencia de la familia de la novia en el día a día le marca a Enzo, una vez más, las dificultades con las que se crió. A diferencia de Bárbara, Enzo nunca tuvo un cuarto propio, ni Internet, ni el apoyo de sus padres. Si no hubiese sido por los profesores de la escuela, no hubiese llegado a seguir estudiando, no hubiese sabido dónde seguir estudiando. O qué. O cómo llegar. No tenía nadie detrás de él, nadie le preguntaba nada. Sin embargo, Enzo quería seguir estudiando. Y luego, tratar de conseguir trabajo. Esa fue siempre su idea. Filosofía le había interesado en el colegio, le gustaba. También, quiso empezar Psicopedagogía pero cuando preguntó un poco más, supo que se tenía que enfocar en las

carreras que pudieran tener una salida laboral más rápida. La historia y la filosofía le gustaban, tenía 17 años, y sentía que le podían servir para irse bien adentro de lo que pensaba. Siempre pensando, siempre problematizando. Pero la realidad fue más fuerte. Eligió una tecnicatura ferroviaria porque la advirtió como una carrera más rápida, con mejor salida laboral. Leyó que tenía una duración de “tres años” en la página de la universidad, eso le gustó, le pareció un plazo lógico. Siguió leyendo, *formar técnicos para el mantenimiento general de la empresa ferroviaria, el manejo de los sistemas de procedimientos y procesos y las propuestas de mejoras técnicas y tecnológicas*. Se entusiasmó. Pensó que podía hacerlo, podía encararlo. Quería ser eso, un técnico de una empresa ferroviaria.

Sin embargo, los obstáculos son permanentes. Cada pequeña frustración, cada vez que tiene que faltar, cada final que se le acumula, cada cambio de horario por algún problema, se va condensando en un gran silencio que lo rodea, como una nube que le grita.

Como es costumbre, Enzo se compara con otras personas de a su alrededor, porque hay otra gente que no lucha mucho y obtienen lo que quiere fácilmente. Trabajás o estudiás, le pregunta a muchos chicos que entrena en el gimnasio. *Vivo con mi mamá*, dice que le contestan. O sea, no hacen nada. Qué bronca le da esa gente que vive de arriba. Un viejo conocido del secundario es un ejemplo perfecto. En la escuela se preocupaba por lo mínimo, no estudiaba, no colaboraba. Gracias a un contacto entró a trabajar en los trenes, justamente el mercado laboral al que apunta Enzo. Doble pecador: no se formó para el puesto y en el secundario era un prescindente. Otro ejemplo fue un compañero de la universidad. Era nuevo, un poco más grande. Recuerda que volvía locos a sus profesores preguntando por trabajo. Algo que él nunca hizo, por respeto. Casi que los perseguía. Para Enzo la única finalidad de esa persona era conseguir trabajo, no estudiar. Hasta que lo logró. Ingresó a los ferrocarriles por algún contacto de los profesores de la universidad que él desconoce. Ambos ejemplos se quedaron con lo que él quería, esos trabajos anhelados. Enzo, vuelve a pensar y a preguntarse ¿para qué todo esto?

Hay muchos silencios que a Enzo le gritan en el oído. Él quiere terminar la carrera que empezó en la universidad pero le resulta difícil, muy difícil. Cambia de trabajo como de ropa. Los horarios de esos distintos trabajos van cambiando sus dinámicas. Por otra parte, a Enzo no sólo

le falta apoyo económico sino que tampoco tiene demasiado respaldo anímico. A él le gustaría sentir ese apoyo de alguien, recibir un mensaje que pregunte cómo te fue en un examen, esa palmadita que también necesitaba de chico. Alguien, en definitiva, que comprenda su situación. Ahora, claro, vive con su novia. Eso es de gran ayuda. Otro resorte para su autoestima. Pero el cansancio muchas veces le gana. En esta vida de pareja, le toca planificar comidas, compras, el pago de servicios, el mantenimiento de la casa. Todo eso y estudiar. Tantas responsabilidades lo van desgastando y quitando fuerza para el estudio. Enzo se grita a sí mismo. Se grita que siga, por un lado, y que no preste atención a los demás, por el otro. Enzo colisiona consigo mismo. Quiere hacer todo bien. A pesar de todo el cansancio, Enzo insiste, continúa pensando y haciendo. Quiere tener días productivos, siempre. En silencio, sin decir nada, piensa en lo que tiene que hacer. Su cabeza siempre está a mil. Anhela por momentos ponerse como en pausa. Siente que ya llegará ese momento.

Sus expectativas centrales pasan por terminar la carrera y si luego consigue un trabajo relacionado a eso que estudió sería la perfección misma de la vida. Una salida. Su forma de salir, de pelear. Para él eso significa que al final pudo, que fue el primero de la familia con título universitario. Que pudo hacer aquello que muchos de su familia o su mundo le dijeron que era una pérdida de tiempo. No se siente más que ellos por estar estudiando en una universidad pero tiene la certeza que los otros no ven todo lo que conlleva.

La universidad para Enzo sigue siendo un lugar lleno de retos. Primero, la parte intelectual, porque la adquisición de los saberes que allí está logrando va más allá de notas mejores o peores. Y de conocimientos de diferente tipo que tuvo que lidiar horas y horas para poder hacérselos. También, los retos para Enzo son en relación al sacrificio. Enzo dice que la universidad juega con su ego, juega con su vida en realidad, porque influye en todo. En cada una de las cosas que hace en el día a día. Desde estar en su casa nueva con su novia, hasta salir o, quizás algo mucho más profundo, pensar si es o no realmente esa persona que está siendo dentro de la facultad y otra fuera de ella. En esa tensión se juega su tránsito por ese ámbito. Pero Enzo siente que al final del recorrido se va a enorgullecer. Va a poder mirar a la facultad y decir que costó muchísimo, que no se rindió.

Le gustaría que lo que haga en el futuro se relacione con lo que estudió, pero siente que su vínculo con el conocimiento ya está más allá

de eso. Siente una especie de admiración por la institución y por la gente que allí está, tanto la que estudia como la que enseña. Afirma impresión, respeto y asombro ante este mundo nuevo. Fundamentalmente, porque le permite pensar de otra forma. Volvemos a decirlo, porque él lo repite en su historia: pudo pensar de otra forma. De eso se trata su vida y le gustaría saber todo lo que saben los docentes y sacrificar casi todo para seguir estando ahí dentro, con la misma sorpresa como aquella vez que miraba todo en el comedor. Sus búsquedas, sus luchas, sus intentos siempre fueron por estar en los lugares. Por pensar de otras maneras en esos lugares.

Enzo fue el único de su familia que terminó el secundario y siente que representa a su familia, de cierta manera. Cree que ellos sentirían orgullo si él llega a ser un profesional recibido de una universidad. Siempre quiso ser un profesional en un área, que estudió y que se recibió. Sería la primera persona con su apellido con nivel educativo universitario. Ese logro es, nuevamente, una lucha para hacer ver que no importa de dónde uno es, qué pasado tuvo, dónde fue la crianza ni que cosas materiales se tuvo o no. Enzo va contra todos los discursos expulsivos, contra todas las políticas conservadoras, contra quienes creen que los sectores más bajos de la sociedad no pueden ni quieren acceder a la universidad.

Así, luego de varios años en la universidad, recientemente Enzo pudo elegir qué materias cursar desde su casa porque ahora cuenta con computadora e Internet. Se sentó, quizás por primera vez, a organizarse y decidir qué días quería ir. Acomodó los horarios también rotativos del gimnasio y finalmente eligió los lunes y martes. Pero claro, no contaba con que pocos meses después empezaría un trabajo nuevo, esta vez en un depósito de neumáticos, y esos dos días elegidos ya no servirán. Entonces, volverá a llegar tarde a las clases. O estará sumamente cansado para asistir. O no contará con los imprevistos y la mala suerte de que se le rompa la computadora que le prestaron y no podrá, nuevamente, entregar los trabajos prácticos solicitados.

PARA CERRAR

Una historia que merece ser contada

Enzo narra una historia que merece ser escrita, una que no consigue ser ocultada, escondida o ser llorada, tal como dice Butler (2006). Es una historia que no sólo está signada por la pobreza porque en ella hay, fundamentalmente, deseos, sueños, objetivos, búsquedas e intentos. Como dice Enzo, es una historia de tristezas de alguien que sonríe. En esos caminos, por supuesto, hay dificultades materiales, simbólicas y de cualquier otro tipo. En ese recorrido, vive múltiples problemas y conflictos.

Es una historia de vida con una constante desde sus propios relatos: los silencios. Aquellos que comienzan y los que terminan. En su infancia, en sus barrios, en sus escuelas, en sus trabajos, en la universidad. Se refiere a escuchar silencios, hacer o producir silencios, apagar los silencios, gritar los silencios. De esto se trata, quizás, esta historia. De silencios que dan cuenta de tranquilidades o desesperaciones, serenidades o miedos, despreocupaciones o incertidumbres. Son silencios que expresan problemas con los que intenta lidiar, explicitan lo horrible de sufrir en soledad y la alegría de sonreír y no guardar rencores, tal como recuerda Enzo de su canción favorita referida en el primer capítulo.

Enzo estuvo y está acostumbrado a que nadie lo atienda, nadie lo escuche, valore ni reconozca nada de lo bueno que hizo y hace. Quizás, es por ello que Enzo reclama atención. A su madre, a su padre, a sus hermanos, a sus amigos, a sus profesores del secundario, a sus profesores de la universidad, a sus compañeros actuales, a sus jefes. De hecho, fue encontrando personas que lo fueron acompañando de alguna u otra forma. Por ejemplo, el director de su escuela secundaria fue como un padre, porque lo escuchaba, le hablaba, le preguntaba qué problema tenía y para él eso era hasta increíble. Le deba consejos. Cuando tuvo la primera y única pelea callejera, en vez de expulsarlo trató de que me-

joraran sus días en la escuela y pudiera perder el miedo de que lo estén esperando en la esquina. Esas formas de atención para él devinieron en contención. Encontró en algunos docentes de la escuela la posibilidad de conocer un mundo nuevo como fue la universidad. Se refugió en algunos amigos, como Rodrigo, que le enseñó a cuidarse, a cuidar su cuerpo, a alimentarse, a entrenar para, por ejemplo, no desmayarse porque no tenía nada en la panza o no vomitar por comer algo casi crudo. A pesar de todas las contradicciones y tensiones que vive en su interior, especialmente en estos barrios, Enzo trata de reclamar sus derechos a ser registrado. Así, nos encontramos con una potencia de vida. No quiere quedar fuera, quiere atención, ser escuchado.

Los sujetos en estos barrios quieren ser vistos y oídos, desean hacerse ver y hacerse escuchar ante una sociedad que oculta lo que no quiere ver, escuchar ni oler. No quiere ver la pobreza, oler la contaminación ni escuchar otras formas culturales. Esas búsquedas de atención requieren la posibilidad de mostrarse, de mostrar lo escondido, sus condiciones de vida, que hay sujetos que insisten aún cuando tienen miles de obstáculos. Son sujetos que procuran y muchas veces encuentran en la escuela, en la universidad, en el trabajo que alguien los atienda, que alguien vea y comprenda las formas de vida que tienen.

Enzo, como tantos otros jóvenes, lucha por vivir en una sociedad que no tiene lugar para todos. Busca hacerse ver, hacerse conocer ante su madre, su padre, su padrastro, sus hermanos y hermanas, sus amigos, sus docentes, sus jefes. Esas luchas de Enzo, sin dudas, que se asemejan a la de muchos otros jóvenes y sus familias que viven en contextos de pobreza. Enzo la rema, pugna por estar, por permanecer, por tener mejor vida, por tratar de seguir estudiando.

Hay motivos y causas profundas de esas luchas. Ya en la secundaria, en el 2011, Enzo encontraba un motivo para luchar, para resistir en función del tipo de vida que se vive. Así, poder sostener el estudio, poder tener trabajo, vivir tranquilo, estar sin problemas, tener qué comer es lo primero que escuchamos y que él dice, es la forma en la que se expresan las luchas sociales en la actualidad. Así como muchos otros jóvenes en estos barrios.

Ya no son los jóvenes de hace algunas décadas que querían dejar la institución escolar o cualquier otra institución. Son jóvenes que pugnan por un lugar en ellas, porque lo que quieren es un lugar en el mundo. Claro que aquí las luchas son pensadas como prácticas en plural por-

que nos referimos a sujetos que despliegan una cantidad de acciones que pueden ser diversas y hasta contradictorias, y que ponen en juego y cuestionan las condiciones en que se desenvuelve en el presente con vistas a las repercusiones no solo a corto plazo sino, principalmente, a largo plazo. De hecho, no todas las luchas son iguales. Pero ellas tienen en común que intentan superar las condiciones en las que viven. Son prácticas que tienen el objeto de construir una mejor existencia o, como decíamos atrás, “*estar mejor*”, aunque no de modos homogéneos. Enfrentan y luchan de diferentes formas contra condiciones intolerables.

Rechaza aquello que parece, usualmente, como inexorable pero que no lo vive de esa forma. Lucha porque desde su visión y, a pesar de todo, hay condiciones de posibilidad de destinos distintos a los que ya parecen marcados. Enzo se preocupa y no se rinde a las cosas tal como son y lucha por como debieran ser, puesto que tras la realidad hay otras potencialidades que se pueden liberar.

Nos encontramos con un sujeto, o con muchos sujetos, que la pelean porque cuando fue chico Enzo, en realidad fue un adulto pero le hubiera gustado ser pequeño. Cuando fue joven, vivió con stress por sentir responsabilidades de jefe de familia, su madre que fue mujer jefa de familia estaba sola y salió adelante, su padre que aún teniendo trabajo vive en la inestabilidad. Y así, podemos seguir nombrando a sus hermanos y hermanas, a sus abuelos, a sus amigos, a sus docentes. En esas peleas, Enzo refuerza el “*yo*”, el “*soy*” y el “*tengo*”. Yo, soy y tengo en la lógica de las sociedades de gerenciamiento (Grinberg, 2008) significa la configuración de un sujeto que busca, que se adapta, realiza los cambios necesarios en el marco del mundo flexible, “en el presente es llamado a realizarse, a crear y crearse en su propio arte de vivir” (Grinberg, 2008: 200). Esta lógica excluye, extingue a aquellos que “no se adaptan”, “no cambian”, “no aprenden a aprender”, afecta a aquellos que no se adaptan a las condiciones; el individuo desde esta lógica será responsable individual de su fracaso por sostener su propia vida, su propia educación. No importan las condiciones de existencia, la desigualdad ni ninguna otra variable estructural porque aprender a aprender se volvió el eje de la sociedad. Y, quienes resultan excluidos, difícilmente podrán considerarse competitivos en el futuro y quedarán marginados de toda sociedad. He aquí a los sujetos en los barrios que nos referimos. Por un lado son quienes quedan fuera, pero por el otro son quienes se adaptan, cambian, hacen de todo, “*tienen ocho manos*”. Son mujeres, son hom-

bres, son jóvenes, son niños malabaristas (Faur, 2014) que sostienen el bienestar económico y afectivos de sus hogares. Nos encontramos con grupos sociales luchando por su inclusión en realidades sociales en las que se complejizan los procesos de desigualdad. Esas luchas, pugnas y defensas son expresiones políticas y son técnicas de vida que realizan los sujetos en sus barrios y en las instituciones a las que concurren.

En este sentido, las luchas que caracterizan nuestros tiempos son, siguiendo a Foucault (1988), contra los modos como cada quien queda sujeto a su identidad, a la sumisión o al sometimiento de la subjetividad. Muchas de esas luchas cotidianas, micro-luchas, no se presentan, necesariamente, como una oposición a las injusticias o tan sólo con la idea de otra justicia mejor y más justa.

Estas peleas cotidianas que realiza Enzo hace más de diez años, constituye parte de las denuncias que todos los días los habitantes realizan por las realidades y condiciones que atraviesan en sus barrios. Parte de esa población se sabe olvidada y siente que sobra para este modelo económico y laboral. Enzo es quien lucha contra los déficit de lugares ocupables en la estructura social (Castel, 1996). Son luchas por los derechos a tener una vida diaria en la ciudad acorde con la dignidad. Por supuesto, son demandas por una nueva formulación de la ciudadanía. Enzo pelea por una vivienda, por salud, por alimentación. Y por educación, por supuesto.

Para ello expresa sus descontentos y malestares cotidianos. Tanto dentro como fuera de las instituciones. En su familia, en su escuela, en su trabajo, en la universidad. Enzo abre la posibilidad para manifestarse ante los problemas, aquello que no le gusta o que no quiere de una institución, quejarse contra algo que no le parece bien o alguien que no hace las cosas de forma correcta. Hay un lenguaje público de resistencia e insistencia, siguiendo a Holston (2009), que produce cotidianamente una ciudadanía insurgente, aún más allá de los partidos políticos, los movimientos sociales y/o los sindicatos. Estos elementos son centrales para entender ya no la reproducción de las estructuras, sino cómo los jóvenes tratan de ser “hábiles” jugadores para eludir el fracaso social.

Nos referimos a luchas que combinan momentos de mayor intensidad cuando tratan de solucionar esos problemas con momentos de menor intensidad, “porque la gente también quiere estar tranquila, vivir una vida que esté hecha también de normalidad, de estabilización, no se puede vivir luchando” (Mezzadra, 2009: 146).

En esas luchas, la educación para Enzo cobra un gran valor, es gran parte de su vida. Así, en la segunda década del siglo XXI, ya no se trata de jóvenes que se quieren escapar de la educación o destruir todo, a lo *The Wall*. Enzo valora las instituciones, a la escuela, a la universidad. De diferente forma, también al trabajo. Se da cuenta que sin ello tiene menos chances u oportunidades para cambiar su vida. A él, no le da lo mismo todo, elige, decide y quiere educación. Aunque le cuesta, esas elecciones no son totalmente tales, no terminan siendo decisiones aunque insiste por formarse. Son elecciones condicionadas o bien hay condiciones para esas decisiones.

La educación, a pesar de años de crisis sociales y educacionales, se transforma en un lugar en el que Enzo deposita sus esperanzas y deseos de futuro. Para Enzo la escuela no fue un espacio de disputa entre ciudadanos y que propició la rivalidad entre los amigos (García, 1999), ni le transmitió constantemente la rivalidad y la individualidad. Sino que fue la posibilidad de cooperar o de tejer redes entre compañeros. La escuela para él fue una oportunidad, una posibilidad de encontrar un director, unos docentes, unos compañeros, unos saberes. La posibilidad de seguir pensando en el estudio. Esas solidaridades que sintió le sirvieron a diario. Relacionarse con otros en la escuela no sólo le valió para aprender sino para pensar su vida, para significarla, para seguir estudiando, para ir a la universidad. También, para estudiar otras cosas por fuera de esta institución. Para dedicarse al entrenamiento, al kick boxing y también para poder hoy en día trabajar en un gimnasio como instructor.

Hubo muchos momentos en los que quiso dejar la escuela y la universidad, pero continuó o volvió. Sin duda, el nivel superior le exige un ritmo más sostenido y de mayor compromiso. Quizás le falte contención, o referentes. No tiene la pertenencia que sentía en su escuela secundaria, ni están las personas predispuestas como estaban en esa otra institución. Hay diferencias radicales entre una y otra. Es la educación que oficia, de muy diversas maneras, como lugar de resistencia y afirmación. Se concentra en sostenerla durante toda su vida, a pesar de todas las dificultades. Enzo busca sentidos de pertenencia y reconocimiento a través de ella. Busca ser incluido y reconocido. En este marco, Enzo, igual que muchos sujetos, lucha por estar, tener un lugar, que la sociedad y sus instituciones puedan incluirlo y para ello ve a la educación necesaria, importante y central en su vida. Al respecto, importa señalar que no se trata de situaciones de excepción. Estar, permanecer y terminar la

escolaridad o la universidad para Enzo implica desafíos personales. Son búsquedas que llevan a lugares en el territorio que, como señala Deleuze (2005), es “donde se juega un fermento revolucionario, algo esquizo, algo loco, una desterritorialización” (p. 34).

Aún ante todas esas luchas y peleas, Enzo también tiene una mirada retrospectiva y de responsabilidad propia por toda su vida. Ganan peso aquellos discursos que ubican la responsabilidad exclusivamente en los sujetos por sus propios éxitos y fracasos. La historia que contamos da cuenta que la no resignación a las situaciones de vida conduce a las condiciones de privación material, a la no aceptación de un destino ineludible. Es una historia de peleas y de tratar de tener un lugar, asumiendo posturas sacrificadas ante condiciones adversas. Como dice Butler (2009), “no puede haber persistencia en la vida sin, al menos, algunas condiciones que hagan «vivable» una vida” (p. 40). La posibilidad de ser sostenidos y sostener se apoya en esas condiciones de vida que remarca Enzo constantemente. Estar solo o estar junto con otros, vivir sin trabajo o con trabajos precarizados. Pareciera que, muchas veces, para seguir o para salir adelante va ganando terreno la creencia generalizada de que el éxito o el fracaso, la posibilidad de que vaya bien o no una vida, es meramente una responsabilidad personal y no social.

Pero en realidad, Enzo es crítico a ello. Sabe las condiciones a las que se enfrenta. Los sujetos adquieren responsabilidad para gestionarse a sí mismos con los recursos escasos con los que cuentan para sostener su vida, la de los otros, para pelear por sus derechos. También, se fortalece la posibilidad de resistir, de ser, hacer y tener. En estas encrucijadas y contradicciones, los jóvenes encuentran que la salida es vía la educación. Son las contradicciones desde las cuales se desarrolla la escolaridad y la educación secundaria y superior en estos barrios. Es decir, entre las imposibilidades de las políticas que marcan rumbos que desorganizan y las posibilidades que van expresando los sujetos en aquellos barrios en el que las desigualdades se fueron profundizando.

Enzo también es crítico a esas miradas que impugnan a los jóvenes como sujetos individualistas. Para él, estar junto a otros fue importante. Ese estar juntos que, según Mafessoli (2004), “es la espontaneidad vital que le garantiza a una cultura su fuerza y su solidez específica” (p. 109), es lo que permitió a Enzo ser y estar hoy en día donde está. Cuando la familia no lo ayudó ni acompañó, sus amigos y sus docentes fueron los que estuvieron. Hoy el sostén principal es su novia, junto a su familia.

Esos vínculos que se entretajeron, fueron efectivos y tuvieron consecuencias. Lejos de las caracterizaciones que refieren al individualismo en los jóvenes, a través de esta vida se observan las formas del despliegue de complicidades cotidianas ligadas con estar y sobrevivir en el barrio y en las instituciones.

En la escuela, fundamentalmente, y, en menor medida, en la universidad encuentra otros lazos y redes que va construyendo, explícita o implícitamente. Ello forma parte de esa necesidad de estar con el otro y con búsquedas de seguridad basados en la confianza. Son pequeños actos que expresan solidaridades y complicidades, producto de las redes que se constituyen en los mismos barrios. Como dice Duschatzky (1999), los vínculos comunitarios en los sectores populares destacan que la ayuda mutua es el modo posible de hacer frente a las realidades cotidianas. El amor, los deseos, las ganas de seguir, los intereses por sus proyectos son allí centrales para comprender estos procesos. Son, justamente, estas prácticas cotidianas que expresan solidaridad y complicidad que se articulan con fuerza en la defensa de la vida.

Hay una ruptura desconcertante con la ley de la selva que Enzo encuentra en el mercado de trabajo. Allí sucede otra cosa totalmente distinta. Queda librado a su propia suerte, a su propia destreza y habilidad por moverse para conseguir empleos que le permitan vivir. Pero allí hay múltiples violencias, múltiples frustraciones que son corrosivas, que van desgastando poco a poco.

Así y todo, en los barrios periféricos, hay personas que quieren mejorar sus condiciones. Hay sujetos y familias que buscan, hacen, desafían, sostienen, insisten, piden por sus derechos. Hay un conjunto de acciones de la población que involucran formas de resistencia hacia las consecuencias del capitalismo. Ello a través de afirmaciones, posibilidades, poder lograr aquello que se quiere y anhela. Pueden pensar futuros distintos para contrarrestar las desigualdades de los proyectos, para redefinir destinos que se presentan como inmutables. Enzo quiere ser alguien y nadie a la vez, quiere seguir haciendo algo, quiere seguir estudiando, quiere tener trabajo, a pesar de todas las dificultades que ve en ello o aquellos obstáculos que encuentra efectivamente en el mercado de trabajo o por su situación social y/o familiar. Enzo tiene una energía y potencia que se expresan en su necesidad de querer, de desear, de entender, de aprender, de asociarse, juntarse, demandar. Se arriesga a imaginar y a soñar con el futuro como una de las formas de resistencia

que encuentra ante las condiciones a las cuales se enfrenta día a día. Tal como dice Deleuze (2008), resiste “al presente, no para un retorno, sino a favor, eso espero, de un tiempo futuro, es decir, convirtiendo el pasado en algo activo y presente afuera, para que por fin surja algo nuevo” (p. 155). Entre ese pasado y el presente, Enzo juega su posibilidad de futuro. Enzo nos decía “*antes yo era*” y “*ahora soy*”. Así, ubica a su formación en un lugar que le gusta y que, para él, le abre puertas. Es la salida por arriba.

Enzo por momentos se calla y en otros se defiende y contesta. No siempre se manifiesta explícitamente ni se expresa a viva voz en contra de algo o de alguien. Puede ejercer prácticas silenciosas y que, muchas veces, las sostiene en soledad. En definitiva, son prácticas de defensa de la vida, ocurren a pesar de todas las dificultades que atraviesa, a pesar de sus condiciones. Así, finalmente, Enzo es como un nómada porque no quiere abandonar su territorio sino porque está continuamente moviéndose (Larrauri, 2000). Ese nomadismo es una sublevación (Maffesoli, 2004), una resistencia al fracaso. O contra él. Comprende la imperfección del mundo en el que le tocó crecer, vivir y sobrevivir, luchando y defendiéndose. Enzo tiene una historia, una de esas valiosas. No baja los brazos, nunca lo hizo. No es una historia de mérito y de esfuerzos, sino de luchas continuas, persistentes y tenaces. Es una historia, como tantas otras, de pequeños actos en apariencia banales, desorganizados y sin consecuencias inmediatas de cambio, con las que los sujetos rechazan, se defienden o avanzan en sus propias reivindicaciones. Es una historia de resistencia que se hace en el desafío de querer vivir.

Notas

- [1] El taller se realiza desde 2008 a la actualidad, una vez por semana, con estudiantes del nivel secundario de entre 12 y 19 años de una escuela de José León Suárez y que en cada año se finaliza con la producción de cortos documentales. Es una de las líneas de trabajo que desarrolla el CEDESI (Centro de Estudios en Desigualdades, sujetos e Instituciones) de la Escuela de Humanidades de la Universidad Nacional de San Martín, dirigido por la Dra. Grinberg Silvia.
- [2] Investigación doctoral denominada *Dispositivos pedagógicos en las sociedades de control: prácticas de resistencia de estudiantes y regulación de las conductas en escuelas secundarias en contextos de pobreza urbana del Partido de San Martín (2014)*.
- [3] Según Shammah (2009: 68) el basural del municipio de Gral. San Martín es el segundo en importancia en cuanto a volumen (44500 y 9,6 %), toneladas (31.150 y 9.4 %) y superficie (25 HA y 7 %) con respecto al total del Área Metropolitana de Buenos Aires en función de datos de 2004. De hecho, para esta autora, históricamente José León Suárez, se caracterizó por ser una zona de basurales a cielo abierto.
- [4] El CEAMSE o Coordinadora Ecológica Área Metropolitana Sociedad del Estado, “recibe residuos domiciliarios, comerciales e industriales, barros y/o semisólidos, residuos sólidos analizados, residuos patogénicos tratados, cenizas de incineración de residuos patogénicos e industriales, residuos especiales tratados. Los que no admite son: residuos líquidos, semisólidos riesgosos y especiales o peligrosos () Los rellenos sanitarios están llegando a su fin por su cercanía a grandes centros poblacionales y porque no cuentan con las tecnologías necesarias para no generar contaminación en los suelos” (Shammah, 2009, p. 40).
- [5] Corto realizado en el 2010. Ver en <https://vimeo.com/60202915>
- [6] La palabra “quemaiken” que utiliza un medio gráfico es una especie de neologismo entre las palabras Quema (ya referido con anterioridad) y Temaiken (un bioparque de flora y fauna).
- [7] Ver Revista Viva (2003). 19 de Octubre.

- [8] Nos referimos al Programa de TN que se llama “Esta es mi villa”. Se puede ver en http://tn.com.ar/programas/esta-es-mi-villa/te-presentamos-la-villa-la-carcova-en-jose-leon-suarez-25082012_268227
- [9] Mediante una cámara encubierta muestran cómo mucha gente está en la quema revolviendo lo que una parte de la sociedad considera “basura” y que para ellos tienen utilidad y valor, tanto para comer como para otorgarle valor de uso.
- [10] Aquí podemos pensar el significado de la palabra “pobre” como aquel que no tiene lo suficiente y lo que necesita para vivir y, también, como expresión de lamento que indica lo desgraciada que se siente una persona y que se usa, sobre todo, para compadecer a alguien.
- [11] Recordamos que producto de la Ley Nacional de Educación de 2006 se deroga la Ley Federal de Educación y comienzan a cambiar y adaptarse las EGB y los Polimodales anteriores a Escuela Primaria y Escuela Secundaria. Con el noveno, Enzo se refiere a la EGB 3 que cursaba.
- [12] Idem 1.
- [13] Allí, en el espacio del taller, es donde conocimos a Enzo y por el cual entablamos una relación de amistad hasta la actualidad.
- [14] La escuela primaria en ese entonces aún estaba estructurada en EGB 1, EGB 2 y EGB 3 producto de la reforma de la Ley Federal de Educación. Enzo vive la disolución de esa estructura y la vuelta a la primaria y secundaria en Provincia de Buenos Aires.

Referencias bibliográficas

- Álvarez, R. (2006). "La basura como construcción social normalizadora". En la II *Jornadas de Filosofía Contemporánea. Michel Foucault y la política*. Escuela de Humanidades/UNSAM. Disponible en <http://poderyderecho.blogspot.com.ar>. Consultado el 22/02/2013.
- Antelo, E. y Abramowski, A. (2000). *El renegar de la escuela. Desinterés, apatía, aburrimiento, violencia e indisciplina*. Homosapiens Ediciones: Rosario.
- Arfuch, L. (2002). *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Fondo de Cultura Económica: Bs. As.
- Bataillon, G. (2008). "Trabajo del antropólogo y trabajo de los testigos, la Mosquitia 1982-2007". En *Estudios sociológicos*, Vol XXVI, N° 3. México, Colegio de México. Pp. 509-555.
- Benjamin, W. (1987). *Dirección única*. Madrid: Ed. Alfaguara.
- Boltanski, L. y Chiapello, E. (2002). *El nuevo espíritu del capitalismo*. Akkal: Barcelona.
- Bonal, X. (1998). *Sociología de la educación. Una aproximación crítica a las corrientes contemporáneas*. Paidós: Barcelona.
- Bourdieu, P. (1999). *Contrafuegos. Reflexiones para servir a la resistencia contra la invasión neoliberal*. Anagrama: Barcelona.
- Butler, J., (2006) *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*. Buenos Aires: Paidós.
- Butler (2009) *Marcos de guerra. Las Vidas lloradas*. Buenos Aires: Paidós.
- Carpentieri, Y., Dafunchio, S. Langer, E. y Machado, M. (2015). Producir saberes desde la experiencia de un taller audiovisual en una escuela secundaria en contextos de pobreza urbana. *Novedades Educativas* (294), 27–32.
- Castel, R. (1996). *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*. Paidós: Bs. As.
- Castel, R. (2004). *La inseguridad social. ¿Qué es estar protegido?* Manantial: Bs. As.

- Chase, S. (2015). Investigación Narrativa. En *Denzin, N. y Lincoln, Y. (comps). Métodos de recolección y análisis de datos. Manual de Investigación cualitativa. Vol. IV.* Buenos Aires: Gedisa Editores, pp. 58-112.
- Croce, A. C. (2005). "De las resistencias internas para incluir a los adolescentes y jóvenes en el sistema educativo". En *Krichesky, M. (comp). Adolescentes e inclusión educativa. Un derecho en cuestión.* Ediciones Novedades Educativas: Buenos Aires. Pp. 81-94.
- Curutchet, G., Grinberg, S. y Gutiérrez, R. (2012). "Degradación ambiental y periferia urbana: un estudio transdisciplinario sobre la contaminación en la región metropolitana de Buenos Aires". En *Revista Ambiente & Sociedad.* N° 2. XV. Sao Pablo. Pp. 173-194.
- Dalton, B. (2004). "Creativity, Habit, and the Social Products of Creative Action: Revising Joas, Incorporating Bourdieu". En *Sociological Theory*, Vol. 22, No. 4. (Dec, 2004), pp. 603-622.
- Deleuze, G. (1995). "Post-scriptum sobre las sociedades del control". En Deleuze G. *Conversaciones 1972-1990. Pre-Textos: Valencia.* Disponible en www.philosophia.cl. Consultado el 19/11/2012.
- Deleuze, G. (2008). *Foucault.* Paidós: Bs. As.
- Deleuze, G. (2010). *Pericles y Verdi. La filosofía de FrancoisChatelet.* Pre-Textos: España.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (1988). *Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia.* Pre-Textos: España.
- Denzin, N. y Lincoln, Y. (comps) (2013). *Estrategias de investigación cualitativa. Manual de Investigación cualitativa. Vol. III* (Introducción al volumen III, Estrategias de Investigación, pp. 33-51). Buenos Aires: Gedisa Editores.
- Duschatzky, S. (1999) *La escuela como frontera: reflexiones sobre la experiencia escolar de jóvenes de sectores populares.* Paidós. Bs. As.
- Faur, E. (2014). *El cuidado infantil en el siglo XXI. Mujeres malabaristas en una sociedad desigual.* Buenos Aires: Siglo XXI.
- Ferrarotti, F. (2007). "Las historias de vida como método". En *Convergencia*, Vol 14, N° 44. Universidad Autónoma del Estado de México: Toluca. Pp. 15-40.
- Foucault, M. (1988). "El sujeto y el poder". En *H.L. Dreyfus y P. Rabinow. Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica.* UNAM: México. Pp. 227-242.
- Foucault, M. (2006). *Seguridad, territorio, población.* Fondo de Cultura Económica: Argentina.
- Foucault, M. (2007). *Nacimiento de la biopolítica,* Fondo de Cultura Económica: Bs. As.

- García Hodgson, H. (2005). *Deleuze, Foucault, Lacan. Una política del discurso*. Ed. Quadrata: Bs. As.
- García, R. (1999). *La anarquía coronada. La filosofía de Gilles Deleuze*. Puñaladas/ Ensayos de punta/Colihue: Bs. As.
- Granovetter, M. (1973). "La Fuerza de los vínculos débiles". En *Política y sociedad*, Vol. 33. Año 2000. Universidad Complutense de Madrid: Madrid. Pp. 1360-1380.
- Grinberg, S. (2002). *Discurso pedagógico y currículo: una mirada desde Basil Bernstein*. UNSAM/Mimeo: Buenos Aires.
- Grinberg, S. (2008). *Educación y poder en el siglo XXI. Gubernamentalidad y pedagogía en las sociedades de gerenciamiento*. Ed. Miño y Dávila: Bs. As.
- Grinberg, S., Dafunchio, S. y Mantiñán, M. (2013). "Biopolítica y ambiente en cuestión. Los lugares de la basura". En *Horizontes Sociológicos*. AAS. Año 1. N° 1. Buenos Aires. Pp. 120-147.
- Grinberg, S. y Langer, E. (2012). "Education and Governmentality in Degraded Urban Territories: From the Sedimented to the Experience of the Actual". In *Surviving economic crises through education*. Peter Lang Publishing: Sydney. Pp. 149-164.
- Holston, J. (2009). "La ciudadanía insurgente en una era de periferias urbanas globales. Un estudio sobre la innovación democrática, la violencia y la justicia en Brasil". En *Delamata, G. (Coord.) Movilizaciones sociales: ¿nuevas ciudadanías? Reclamos, derechos, Estado en Argentina, Bolivia y Brasil*. Biblos: Bs. As. Pp. 45-65.
- Iniesta, M. y Feixa, C. (2006). "Historias de vida y ciencias sociales. Entrevista a Franco Ferrarotti". En *Perifèria. Revista de recerca i formació en antropologia*, n° 5, Pp. 1-14.
- Jelin, E., Llovet, J. y Ramos, S. (1996). "Un estilo de trabajo: la investigación microsocia". En *Rodolfo Corona (Comp). Problemas metodológicos en la investigación sociodemográfica*. PIAPAL / El Colegio de México: México. Disponible en <http://www.sitiosur.cl/r.php?id=271>.
- Langer, E. (2017). *Escuela, pobreza y resistencia. Defensas y luchas cotidianas de estudiantes*. Rada Tilly : Del Gato Gris.
- Larrauri, M. (2000). *El deseo según Deleuze*. Ed. Tándem: València. Disponible en http://nomadant.wordpress.com/biblioteca/textos/deseo_deleuze/. Consultado el 25/10/2012.
- López Petit, S. (2009). "¿Qué es hoy una vida política?". En *Colectivo Situaciones (comp.). Conversaciones en el impasse. Dilemas políticos del presente*. Ed. Tinta Limón: Buenos Aires. Pp. 217-234.

- Maffesoli, M. (2004). "Juventud: el tiempo de las tribus y el sentido nómada de la existencia". En *JOVENes. Revista de Estudios sobre Juventud*. Año 8. Nº 20. México D.F. Pp. 28- 41.
- Merklen, D. (2007). "Un pobre es un pobre. La sociabilidad en el barrio; entre las condiciones y las prácticas". En *Margen. Revista de Trabajo Social*. Disponible en <http://www.margen.org/social/merklen.html>. Consultado el 10/11/2012.
- Mezzadra, S. (2009). "Gubernamentalidad: frontera, código y retóricas de orden". En *Colectivo Situaciones (2009). Conversaciones en el impasse. Dilemas políticos del presente*. Ed. Tinta Limón: Buenos Aires. Pp. 135-166.
- Onfray, M. (2011). *Política del rebelde. Tratado de resistencia e insumisión*. Anagrama/ Colección Argumentos: Barcelona.
- Pál Pelbart, P. (2009). "Sobre el agotamiento de los posibles". En *Colectivo Situaciones (2009). Conversaciones en el impasse. Dilemas políticos del presente*. Ed. Tinta Limón: Buenos Aires. Pp. 203-216.
- Przeworski, A. y Teune, H. (1970). *The Logic of Comparative Social Inquiry*, John Wiley ed.: Estados Unidos.
- Reguillo, R. (2000). *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*. Bogotá: Norma.
- Reguillo, R. (2012). *Culturas juveniles. Formas políticas del desencanto*. Siglo veintiuno editores: Buenos Aires.
- Ricoeur, P. (2000). *La memoria, la historia, el olvido*. Fondo de Cultura Económica: Buenos Aires.
- Rose, N. (1996). Identidad, genealogía, historia. En *Hall S. y Du Gay P. (comps). Cuestiones de identidad cultural*. Amorrortu editors: Madrid. Pp. 214-250.
- Salazar Pérez, R. (2011). Los miedos ocultos en la sociedad del siglo XXI. *THEOMAI*, Nº 23, pp. 24-34.
- Scott, J. (2000). *Los dominados y el arte de la resistencia. Discursos ocultos*. Ediciones Era: México.
- Segura, R. (2006). "Segregación residencial, fronteras urbanas y movilidad territorial. Un acercamiento etnográfico". En *Cuadernos del Ides. Nº 9*. Bs. As. Disponible en http://ides.org.ar/wp-content/uploads/2012/03/cuadernos9_Segura.pdf. Consultado el 8 de octubre de 2011.
- Sennett, R. (2000). *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Anagrama: Barcelona.
- Spinoza, B. (1980). *Ética demostrada según el orden geométrico*. Madrid: Ediciones Orbis S. A. Hispamérica.
- Tilly, C. (1998). *La desigualdad persistente*. Ed. Manantial: Bs. As.

- Useche Aldana, O. (2012). Miedo, seguridad y resistencias: el miedo como articulación política de la negatividad. *Polis*, 19, consultado el 27 septiembre 2017. URL :<http://polis.revues.org/3893>.
- Vasilachis de Gialdino, I. (2003). *Pobres, pobreza, identidad y representaciones sociales*. Gedisa: Barcelona.
- Vasilachis De Gialdino, I. (2007). *Estrategias de investigación cualitativas*. Gedisa: Bs. As.

Colección

**Las juventudes argentinas hoy:
tendencias, perspectivas, debates**

Director: Pablo Vommaro

En los últimos años las juventudes adquirieron un lugar fundamental en las dinámicas económicas, sociales, políticas y culturales, tanto en la Argentina como en América Latina y en el mundo. En este marco, los estudios sobre el tema han proliferado, constituyéndose como campo en permanente ampliación aunque aún en construcción. Sin embargo, luego de algunos textos precursores en los años ochenta, no existían esfuerzos sistemáticos por realizar trabajos integrales que dieran cuenta de las diversas dimensiones en las que despliegan sus vidas los jóvenes argentinos. Esto es parte del desafío que asumimos desde esta colección. Abordar dimensiones diversas, aspectos diferentes, espacios distintos para avanzar en la reconstrucción de una cartografía que aporte a la comprensión de las realidades juveniles en la Argentina con enfoque latinoamericano y perspectiva generacional.

Presentamos textos rigurosos y fundamentados, productos de investigaciones sólidas, pero con lenguajes amplios, accesibles, no codificados, que permiten lecturas desde diversas posiciones realizadas por sujetos diversos, sobre todo por los propios jóvenes.

Este libro cuenta la historia de un joven (Enzo) que vivió desde chico en un barrio caracterizado por la precarización de las condiciones de vida y que instala como eje transversal la búsqueda, demanda y pelea por educación. Enzo reconstruyó su historia en interacción con otros dos sujetos (los autores) que da por resultado un género poco académico, denominado ensayo sociológico.

En este ensayo se trata de entender el mundo de Enzo a través de sus ojos y de comprender la vida desde su relato. Se explora sobre su historia familiar, su infancia, su juventud, sus amigos, sus barrios, sus escuelas, los profesores, las posibilidades o no de trabajar y su llegada a la universidad en el terreno de las posibilidades y de las afirmaciones del sujeto en esa trama siempre compleja que forman la juventud, la pobreza y la educación.

La vida que describimos podría ser la de cualquier joven en situación de pobreza que insiste por (ob)tener educación. De hecho, ningún individuo nunca es sólo eso, sino que cada persona es una instancia única de experiencias sociales y procesos sociales universales. Al describir estas particularidades de esta experiencia, estudiamos y reflexionamos sobre las características generales y universales de los jóvenes en condición de pobreza estructural y sus relaciones con la educación en Argentina en el siglo XXI.

ISBN 978-987-8308-06-7



9 789878 308067